

Esto no va a ser fácil
Juan Manuel Guerrero

Nota: esta es una versión digital directa de la edición impresa.

*A los que dan primero.
Y, entre ellos, a mi tía Amalia.*

Introducción

Al momento de escribir estas líneas, «Esto no va a ser fácil» es mi último libro. Con alta probabilidad, se trata del mejor y más consistente de los tres que he publicado hasta el momento. Por suerte, ya que de otro modo sentiría que retrocedo en lugar de progresar. Ahora que lo pienso, semejante aseveración quizás sea una necesidad y no una certeza: un deseo, una aspiración, un simple acto de fe sin fundamento. Por lo tanto, recomiendo desconfiar de estas primeras palabras. Y, haciendo uso de la ocasión, recomiendo lo mismo para todas las que siguen.

El libro contiene doce relatos, el número más bajo de mis tres libros publicados (el anterior dieciséis, el anterior veintidós). Esto habla de una mayor paciencia, una mayor profundidad o una mayor propensión a aburrir. O todo a la vez.

Los temas abordados son diversos. Si algo tienen en común es haberme generado una curiosidad y una obsesión suficientes como para dedicarles, con completa determinación, decenas de horas a darles una forma digna de ser compartida.

Ahora que ya dije lo más importante, puedo detenerme en una confidencia: detesto escribir introducciones como esta, ya que por lo general (cuando uno es su propio editor) se escriben a contrarreloj y de un modo bastante artificial. Entonces, ¿para qué escribir una? En primer lugar, para brindar al lector una idea general del libro y ayudarlo a decidir si vale la pena destinar su escaso e irrecuperable tiempo a leerlo. En segundo, para responder (y evitar en el futuro) las preguntas más frecuentes que los lectores suelen hacerme cuando me encuentran en vivo y en directo.

La más frecuente de todas esas preguntas (o la que más conviene a esta introducción) es la siguiente: ¿cuánto de realidad y cuánto de ficción hay en mis relatos? Mi respuesta varía de acuerdo a la persona en cuestión, a las respuestas que haya dado antes (nada más aburrido que dar siempre la misma respuesta a la misma pregunta) y, sobre todo, a mi estado de ánimo. A veces contesto que todas las historias son fieles retratos de un pasado real, a veces que todo no es más que una fantasía o un sueño; a veces que no lo sé, que es una mezcla de ambos universos o que, en verdad, no tiene la menor importancia. Sin embargo, diga lo que diga, el resultado es indefectiblemente el mismo: las personas devalúan mi respuesta y eligen confirmar sus propias sospechas.

Por falta de paciencia, pero sobre todo por falta de espacio, algunas del resto de las preguntas recurrentes de mis lectores serán contestadas al final del libro, en mi Breve Bibliografía; la cual, por supuesto, desaconsejo leer.

Mi tía es un vampiro

Quiero mucho a mi tía. Eso no impide que, hace tiempo ya, sospeche que es un vampiro.

No es fácil llegar a una conclusión definitiva sobre el tema. Ella no parece estar muerta, ni siquiera no-muerta. No tiene colmillos afilados ni se viste con capas negras. No vive en Rumania o Hungría, ni en un castillo, sino en un modesto departamento ubicado en el centro de Córdoba, no lejos de La Cañada, donde lleva una vida apacible y solitaria. Debo mencionar que en el pasado se ha desempeñado como abogada, lo cual no me tranquiliza.

Su cuerpo es mucho más que humanoide, es completamente humano. Lejos, lejísimos, está de ser como un penanggalan, ni nada que se le parezca. La cabeza es pequeña y las caderas anchas, siguiendo la línea genética de su madre. Tiene, es cierto, una tez muy blanca, pero se debe fundamentalmente a que es pelirroja. La piel es frágil, proclive a las manchas verdes ante un golpe o una fricción, pero bajo ningún punto de vista diría que es brillante. La nariz, redondeada y distinguida, tiene los dos orificios. Los labios no son demasiado rojos y por lo general se los pinta para salir, como lo hace con el resto de su rostro, lo cual la vuelve más rozagante y mascarada. La lengua no es filosa ni tiene aguijones, aunque es bastante corta; no es negra, como la de un churel, sino rosa como la del resto de los mortales. Las uñas no son ni largas ni duras, aunque tampoco del todo normales, ya que con frecuencia debe visitar al pedicuro, quien nunca ha planteado interrogantes sobre ella, sino tan solo alguna que otra queja sobre su impuntualidad y su tendencia a la excusa.

Su vestuario es variado, sobrio y conservador. Como excepción, puedo mencionar una remera liviana, original y color beige de Los Ramones, a quienes no estoy seguro si conoce. No parece tener preferencias por el color verde, como las baobham sith o los langsuir.

Su estilo de vida dista de ser sano y eso me preocupa. Fuma. Lleva una vida sedentaria, alejada del ejercicio. Con dificultad, logro convencerla de que camine un rato cada día. Tiene muchísimos libros y asegura haberlos leído todos. Eso me resulta inquietante, no tanto por el imposible tiempo que eso debe haberle demandado, sino por la insoportabilidad de los autores. Cuando no lee, mira una programación televisiva no menos decepcionante. En cuanto a la comida, no tiene entre sus prioridades una dieta saludable. Prefiere el placer directo que le proveen el café y las comidas cargadas de sal o azúcar. Tiene especial debilidad por la torta rogel, algo ante todo comprensible. El ajo, lejos de espantarla, la atrae. Diría que lo consume en exceso, al igual que la mayonesa. Compensa semejante desorden alimenticio con medicación en forma de pastillas, de variado tamaño y color. Las toma por la noche y, si no tiene los anteojos cerca, las tatea y elige guiándose por el tacto, a pesar de mis advertencias. Lo sé, no es una imagen precisamente aterradora para alguien que podría ser un vampiro.

Es cristiana no practicante, una forma amable de decir que la religión no le importa demasiado. El agua bendita y los crucifijos no le resultan insoportables, a pesar de sus más que razonables críticas a la institución eclesiástica. Cuando se refiere a dios, lo hace llamándolo El Barba.

Con disimulo, he confirmado que puedo verla en los espejos. Tiene varios y los cuida con celo. Cree que romperlos acarrearía una enorme mala suerte, sobre todo por cómo han subido de precio durante los últimos años. Su sombra parece funcionar con normalidad y sigue siempre los movimientos despaciosos de su figura. Todo indica que mi tía posee, efectivamente, un alma humana.

Como a toda mujer mayor de la ciudad, los murciélagos y los lobos la aterrorizan. No más que cualquier otra manifestación de la naturaleza, como un ratón o una cucaracha. Peor, pero sobre todo diferente, es su reacción cuando le menciono a los hombres-lobo. Junto al terror se despierta en ella un sentimiento que me recuerda al desprecio.

Cuando mira una película, se sobresalta ante las escenas sangrientas. Más que el deseo de sangre, o La Bestia habitándola, su reacción me sugiere un miedo instintivo y corriente, como el de cualquier muchacha adolescente. Lo mismo ocurre ante episodios en los cuales el elemental líquido rojo se presenta en vivo y en directo. No hace mucho, un choque de ciclistas y un poco de sangre derivaron en una ambulancia para mi tía, debido a una baja de presión pronunciada.

No tiene demasiada fuerza ni es muy veloz, como cualquiera esperaría de un vampiro. De hecho, debido a su edad y a su escasa ejercitación, se agita con relativa facilidad. Le cuesta bastante, por ejemplo, mover las sillas del comedor o abrir una botella de soda. Su bastón, hipotéticamente, podría encerrar misterios o significados ocultos, pero no, es un bastón común y corriente, de ébano o nogal. Más que para sostenerse, lo utiliza para mover cosas mientras está sentada o para avanzar en las filas del banco.

Su capacidad de ofuscación (en su significado menos popular) es directamente pobre. Por el contrario, es bastante distraída y ruidosa. Pésima manipuladora, lo último que genera entre sus allegados es temor. Su corazón es ingenuo y dorado. Estoy seguro de que hay quienes se aprovechan de su nobleza. Y de que pronto pagarán por ello.

Las heridas físicas las sufre con normalidad. Si se corta el dedo con un cuchillo, insulta y se lo chupa, como cualquier persona razonable. Más de una vez la he visto puchear. Cuando ha llorado, sus lágrimas no han sido de sangre. La cicatrización ocurre en los tiempos previstos por la naturaleza, siempre que una infección no retrase el proceso. Estas observaciones me han llevado a descartar, o al menos posponer, cualquier tipo de experimento con palos o balas (evitando siempre, por supuesto, estacas en el pecho o balas de plata).

Las heridas espirituales también las sufre humanamente.

En otro plano, he podido comprobar que no padece aritmomanía, es decir, la obsesión neurótica de contar, históricamente atribuida a los vampiros. Tras arrojarle un puñado de arroz —la prueba más clásica en la materia—, mi tía ignoró los granos, montó en cólera y me arrojó un bastonazo.

La verdad es que mi tía parece un ser inofensivo. Ni siquiera tiene el limitado propósito de molestar a la gente, como el famoso vampiro Cuntius.

¿Por qué sospecho, entonces, que es un vampiro?

Tal vez porque vive casi aislada, entre la soledad y la penumbra. Sus amigas más cercanas llaman El Nicho a su departamento, una ocurrencia tan cargada de precisión como de crueldad. Un gato negro merodea la puerta del edificio cada vez que llego o me voy, aunque aparece exclusivamente cuando estoy solo. Mi tía dice que se llama Negro y que pertenece al vecino, Coco.

Siempre tiene las manos frías y encuentra un particular placer en sostener objetos calientes; por ejemplo, una taza de café. Su mirada es honda, como ancestral o primaria. Su pelo es inusual, con una melena puntiaguda al estilo de Oliver Atom, aunque no es verde ni rosa. No tiene, eso hay que decirlo, pelo en las manos ni en los tobillos. Tampoco orejas buidas, aunque el tamaño diminuto sí resulta sugestivo. Las ojeras, pronunciadas.

Sus hábitos son marcadamente nocturnos. Desarrolla su módica actividad solo desde el atardecer. Nunca la he visto irse a dormir antes que yo y no sé qué hace más tarde. Acostumbra a

salir de noche, casi siempre sola, en teoría al teatro o a jugar unas fichas en el bingo.

Durante el día permanece en El Nicho, con todas las ventanas cerradas. Cuando la visito, se niega a abrirlas, con débiles y variados argumentos que van desde el polvo de la calle hasta la elevada temperatura. Yo ignoro sus pretextos y las abro de todos modos. Su autoridad, escasa, no recuerda precisamente a la de Vlad El Empalador. De confirmarse su naturaleza vampírica, lo más probable es que ocupe una posición social bastante baja entre los vampiros y pertenezca a una de las generaciones más recientes; un neonato, por debajo de príncipes y consejeros, o un caíttif.

Con las ventanas ya abiertas, la luz invade El Nicho y genera una notable contrariedad en mi tía, aunque está lejos de provocar chirridos y desintegración. Ella deposita la culpa en lo arrubiado de sus cejas y pestañas. Mientras persiste en sus reclamos, se calza sus apreciados anteojos negros, los cuales le sientan particularmente bien cuando viste la ya mencionada remera beige de Los Ramones. Expuesta inclusive a la luz más tenue, enlentece su ya lento andar y tiende a refugiarse en su cuarto, con la puerta cerrada.

Mi tía busca pasar desapercibida con llamativa determinación. ¿Humildad destacable? Sus amigas opinan que se trata más bien de un acentuado desinterés social. Jamás visita otra casa sin recibir invitación, aunque cuando recibe una suele declinarla.

Su heladera permanece vacía todo el tiempo. En rigor de verdad, siempre hay en ella una docena de paquetes de mayonesa. Lo atribuye a su incapacidad como cocinera. No come casi nunca, pero la he visto hacerlo alguna vez, casi siempre de noche y en un restaurante. Adora el bife de chorizo y siempre lo pide bien jugoso; más de una vez, lo ha devuelto por estar demasiado seco.

Le desagrada el agua, especialmente si está en movimiento, como en el río o el mar. Esto no incluye la ducha y su higiene es, en efecto, ejemplar. Quizás por eso haya decidido instalarse en Córdoba, aunque esto podría deberse tan solo a que ha nacido allí.

Una vez sorprendí a mi tía limándose los dientes en el baño. La incómoda escena motivó una explicación confusa de su parte, aduciendo algún inconveniente en su ortodoncia. Luego, me cerró la puerta lentamente en la cara. Y nunca más mencionó el tema.

Tras años de aventuras y desventuras, tengo plena confianza con mi tía. Por eso, ante la dificultad de llegar a un veredicto concluyente, le pregunté abiertamente si era un vampiro. Ella me dijo que no. Insistí, entonces, en saber si su negación era general y rotunda, o meramente técnica. Le demandé precisiones sobre si tampoco era una vampiresa, un vástago, un strigoi, un súcubo, un cainita, un azemán o cualquier otro tipo de criatura sobrenatural. No me miró al pedirme que la dejara de joder, porque estaba atendiendo la novela.

Semejante evasión, por supuesto, profundizó mis interrogantes. Es sabido que ni las personas ni los vampiros suelen admitir abiertamente su naturaleza chupasangre, sobre todo por cuestiones de aceptación social. Su hermana (mi mamá), por ejemplo, jamás lo aceptaría.

Me pregunto, por fin, lo importante. Si mi tía es inmortal. Desde que tengo memoria, la recuerdo siempre igual, tomándome de la mano, llevándome a merendar algo rico, cuidándome. Es posible que a ella le pase lo mismo conmigo, aunque yo haya pasado de ser un bebé a medir casi dos metros. La inmortalidad resulta especialmente difícil de comprobar. Y, al mismo tiempo, es muy posible que sea el aspecto central de toda esta cuestión. Quizás no haya sospechas, ni indicios, sino deseos: quiero tanto a mi tía que no quiero perderla nunca.

En ese mundo

Para Anja.

En ese mundo, no necesito conocerte. No necesito presentaciones para acercarme, ni historias, ni razones. No preciso saber tu nombre para abrazarte, ni conocer tu pasado, ni siquiera tengo que hablarte. Tan solo me basta una mirada. Y vos me mirás. Entonces, voy hacia vos, lentamente, disfrutando de un riesgo que ya no existe. Te sonrío y, protegido entre los más hondos de mis secretos, busco adivinar hasta dónde vas a dejarme llegar.

Todavía estoy lejos, pero ya puedo sentir tu piel. Es firme, maleable y dorada. Brilla, como una joya. Cubre tu figura densa, presente, inmune a la indiferencia. Solo entonces, cuando ya estoy muy cerca, te extendiendo la mano.

La tomás y mis emociones resuenan como una tormenta: atronadora, vibrante, eléctrica. El encuentro era lluvia, pero ahora es vendaval. El agua me envuelve y me inunda hasta el último de los rincones. La siento cargada, agitada e instintiva, con un remoto sabor a violencia. Es puro descubrimiento.

No hay palabras.

Cierro los ojos, la mirada se torna abrazo. Aspira a ser cálido, íntimo y cerrado. Me explora, me recorre, busca reconocermelo. Sobre el campo fértil de mi cuerpo brota y se expande con suave firmeza, con paciente seguridad, aferrándose a mí con la fuerza serena de quien no tiene más remedio que enfrentarse a la muerte.

Ya empuñados, es hora de sutilezas. El roce persistente de tus manos se amontona en mi pecho y la tersa fricción de tus brazos me estimula hasta la dulce angustia. Tu pelo despreocupado me acaricia y su perfume me aprisiona, me somete. Yo lo consiento, quiero más. Dependientes, nos dejamos arrastrar por la complacencia del goce inmediato, bajo la cual se oculta, silenciosa, una condena.

No importa. Pegado a tu cuerpo, el futuro no existe. Tu espalda, tu pecho, tus piernas respiran sobre mí. Se acercan y se alejan, se resisten y se entregan, como las olas a la playa. Laten, son tu corazón. Abrazado a él, puedo sentir el coro de tus sentimientos entonando una nostalgia...

Más que aire, respiramos una música triste y sensual, negra, apenas llorada por violines. El drama cadencioso se alimenta de pianos. Tomada por la ansiedad de un recuerdo, la melodiosa tristeza rompe en el llanto abierto de un fuelle. El lamento, incapaz de contenerse, crece hasta decantar en agonía, en un interminable desfile de armónicas pariendo agitación.

El abrazo desemboca en un río de emociones. Nos arrastra, apacible y sinuoso. En cada recodo, le oponemos refugio al vértigo. El tiempo se disocia de nuestra existencia, deja de correr y se escurre por las hendiduras que aún nos conectan a la realidad. Ese derredor, esa proximidad inapelable, también se detiene y comienza a desdibujarse hasta desaparecer.

Inesperado, como un destino revelado, el aire se extingue. Nos ahogamos. Abro los ojos y el río, ahora seco, comienza a fluir como mirada. Veo tus ojos muy cerca, muy abiertos y muy profundos. Me hablan, diciéndome lo mismo que antes me decía tu abrazo. Junto a tu sonrisa tenue y cómplice, me contienen, me tranquilizan.

Veleidoso, averso al final, el aire regresa. Con él, de entre las miradas, resucita el abrazo. Más que descubrimiento, hay reencuentro, deseable regreso al placer ya conocido. Con los

sentidos en plena y libre expansión, nos descubrimos predestinados, nacidos el uno para el otro.

Tu corazón late con fuerza y cada pulsación lleva tu sangre a todos mis rincones. Los suspiros maduran, los percibo con intenso encanto, aunque desconozco a quién pertenecen. Tu agitación y mi excitación se alean hasta lo inseparable, hasta lo indivisible.

La amalgamada confusión es viva, arbórea y otoñal. El abrazo se ramifica en caricias cada vez más amarillas que, por fin, estallan como una lluvia de hojas secas. Oleadas de savia caliente, de resistencia al invierno inminente, me recorren hasta la raíz y me penetran el alma. Necesito más de tu tierra, de tu brisa, de tu luz.

Mi boca lucha. Busca abstenerse de la tuya.

Indomables, las caricias toman la forma de un beso. Sí, el beso sucede, aunque nunca llego a tocar tus labios. Nos besamos sutil, larga y apasionadamente, sin que pueda llegar a conocer el fuego de tu lengua que deseo con incontenible ardor, con impostergable urgencia. En esa hoguera de insatisfacción me incinero y me consumo hasta quedar hecho cenizas de melancólica impotencia.

No puedo. Qué más quisiera yo, pero no puedo. Tu mirada, tu abrazo, tus caricias, tu beso incorpóreo, el río de emociones, todo tu ser, todo el mío, me lo piden, me lo demandan, pero no puedo. ¡No puedo! Y vos tampoco podés. Por mucho que quieras, no podés...

En la vastedad etérea de ese mundo, el beso se derrite en lágrimas.

No hay tiempo ni espacio para llorar. Autoritario, el aire se extingue, de nuevo, pero esta vez para no volver. La asfixia y el temor crecen. Abro mis ojos. Las lágrimas se fusionan en una mirada, aunque no nos abandonan del todo. Veo tus ojos muy cerca, muy abiertos y muy llenos de amor. Son un espejo. En tus lágrimas incapaces de mojar, veo las mías.

Aceptamos inminente el final, y entonces el final comienza. Creemos inevitable la muerte, y con esa creencia la alentamos. Nuestro mundo revive, y con ello morimos un poco.

El desmoronamiento comienza. La tristeza es demasiado grande, la literatura demasiado limitada. El momento, para no morir, para colarse a fuego en nuestra memoria (lo único que cuenta después de todo), debe dar lugar a la frialdad que buscará en vano, con su solidez, desafiar al tiempo.

No hay palabras, nunca hay palabras.

Nos miramos con intensidad fundida, con dolor hirviente. Adivino en tus ojos un anhelo profundo y una despedida. Por única vez, te veo la espalda. Antes que la puerta te devore, me dedicás una última mirada. Como un tatuaje, como un hierro candente sobre mi carne, tu mirada se vuelve recuerdo. Y lo hace para siempre.

El antillama

Yo no había prestado ningún tipo de atención a mi nuevo vecino. Esto no era del todo extraño, ya que no acostumbraba a prestar atención a personas desconocidas, fueran vecinos o no.

Me había costado toda una vida comprender la improbabilidad de encontrarme ante la bendición de desconocidos valiosos. Al mismo tiempo, a lo largo de un carril paralelo, avanzaba en mí el entendimiento cabal de que el tiempo es escaso y de que el mío se estaba escurriendo a una velocidad preocupante. Y cada vez más rápido, acelerándose a medida que me hacía más consciente de su escasez. O a medida que más lo derrochaba. Esta penosa convicción me había conducido a un cierto aislamiento social, por medio del cual buscaba alejarme de lo banal y concentrarme en lo importante, es decir, en aquello por lo cual me juzgaría a mí mismo al final del camino. Y casi nunca lo importante resultaban ser los vecinos.

Sin embargo, la relación de búsqueda indiferencia con mi nuevo vecino cambió de un modo drástico el día del granizo intenso.

Es importante mencionar que hablar de vecino es tan solo una conveniente aproximación. Se trataba más bien de un vecino temporal, o vacacional, tan solo un hombre con quien compartía el complejo turístico durante mis días de vacaciones. Por azar o por destino, nuestras modestas cabañas habían resultado contiguas. Yo apenas había reparado en él y su familia, pues la temporalidad de su presencia lo hacía todavía más insignificante ante mis ojos.

Hasta el día del granizo, yo no había más que intercambiado saludos circunstanciales con él. No sabía su nombre, ni recordaba el color de sus ojos o de su ropa. Con su transcurrir casi invisible en el complejo, estaba muy lejos de llamar mi atención. Más todavía, solo su completa intrascendencia podría haberme generado algún tipo de interés. Era un hombre callado e inexpresivo, un completo anónimo sin esfuerzo. Una de las tantas clases de muerto. Iba y venía sin convicción, casi arrastrándose. Frío y triste, ni siquiera digno de compasión, parecía una caldera sin fuego, alguien incapaz de albergar una llama interior. Eso era. Un sinllama.

A decir verdad, yo había respetado al sinllama hasta el día del granizo. Más bien lo había ignorado por completo, lo cual constituía una forma de respeto. Su estilo moribundo no me molestaba en lo más mínimo y hasta resultaba funcional a mis necesidades de calma, foco y descanso. De hecho, me angustio tan solo de imaginar las alternativas con las cuales podría haberme encontrado. Por ejemplo, un impresentable incivilizado que alborotara el complejo con gritos y música a todo volumen. O un personaje extraordinario, fuera de serie, que expusiera mi mediocridad en blanco sobre negro y me obligara a contemplar mi propia miseria. Solo no tener vecinos podría haber sido mejor. Sin dudas, había sido afortunado.

Pero el granizo llegó. Yo lo había visto venir. En la playa, desde donde se ven todos los horizontes, había advertido el sudeste amenazante y negro. Más que negro, negro verdoso. El viento había cambiado, se había vuelto frío y recio, y parecía buscar imponernos el final del día de playa. Así lo habían entendido los bañistas, quienes huían de un modo despavorido y desordenado, como un ejército cobarde en retirada, cruzando con torpeza el médano que separaba la playa de los complejos turísticos. Yo me negaba a retirarme de ese modo tan timorato, forzado tan solo por un par de sopapos del viento. Y mucho menos en medio de esa horda infiel y temerosa, corriendo el riesgo de convertirme en uno de ellos. No, yo no sería uno de ellos. Me planté en la playa, a pesar del frío que comenzaba a penetrarme los pies y las

manos, a pesar de la arena que me pegaba en la cara y me invadía los ojos. Me puse de espaldas al viento y, desde mi actuada indiferencia, miré el rebaño asustadizo que dejaba la playa cargando bollos de ropa y toallones, corriendo tras las prendas que la ventolina amagaba con arrebatarse para siempre. Cuando ya todos habían dejado la playa, entonces sí me retiré, con lentitud y tranquilidad, para que la sudestada entendiera que no era ella la que me echaba, sino que me iba solo.

Yo era orgulloso, sí, pero no comía vidrio, así que cuando llegué al complejo estacioné mi auto bajo un pino enorme que parecía alistado, firme, para resistir los embates de la tormenta inminente. El granizo era tan solo una posibilidad, así que esas fueron todas mis precauciones.

Pero el granizo sí lo sorprendió a él. Apostaría a que el sinllama no había estado en la playa, ni había visto los ojos amenazantes de la tormenta que asomaban sobre el mar entonces agitado, ni había sentido su amenaza directa en forma de viento embravecido, ni tampoco había visto a los tiernos corderos escapar mientras miraban hacia atrás por sobre sus hombros enrojecidos. El sinllama había dejado su auto en el medio de un claro demasiado expuesto. Era casi una provocación a la furia de la tormenta, como si el auto mirara al cielo, abriera los brazos bien grande y gritara «¡granizo, acá estoy y no te tengo miedo!». Y el granizo respondió, con llamativa agresividad. Las piedras inusualmente grandes picaban contra el techo de ese pobre auto como las puñaladas de un asesino desenfundado, tomado entero por el furor de un crimen pasional.

Yo miraba la lluvia, las piedras y el auto golpeado por las piedras, mientras tomaba un mate tibio detrás de la ventana. La tibieza del mate no era un contratiempo o la consecuencia indeseada de una demora, sino un placer íntimo buscado con esmero y deleite. Evitar las temperaturas extremas del mate era una cuestión primordial para mí, especialmente durante las vacaciones. El agua demasiado caliente quemaba el sabor de la yerba, mientras que la fría carecía de la capacidad de reconfortar el alma. Más allá del incidente de las piedras sobre el auto, que yo no disfrutaba especialmente, me sentía muy calmo y disfrutaba ese momento de sublime reposo de un modo difícil de transmitir con palabras, junto al vidrio un tanto empañado. De a ratos cerraba los ojos y me entregaba al aroma único y sensual de mi mate tibio. Podía escuchar y hasta sentir la lluvia, el viento y la tormenta. Y las piedras también, inmolándose sobre el techo de la cabaña, los bancos del parque y el auto del sinllama. Este último sonido, metálico, añadía un elemento artificial a la sinfonía natural de la tempestad, pero con suficiente sabiduría yo había logrado resignificarlo. Representaba, para mí, la omnipotencia de la Madre Verde sobre el finito y plástico reino del hombre.

Ese momento de satisfactorio arrobamiento, de cálida y suave introspección, fue interrumpido con un nivel de desaprensión que yo no había experimentado jamás. El sinllama irrumpió con inconcebible brutalidad en la pacífica y reveladora escena, como si sus gritos de «¡noooooooooo!» y sus insultos pudieran regresar el tiempo atrás y desabollar ese techo, ese capó, esos laterales frágiles y económicos tan arquetípicos de los tiempos que corren. Desesperado, iba y volvía a la cabaña, cargando mantas que apoyaba sobre el auto ya dañado de un modo irreversible. Su rostro estaba muy rojo y activo, como si sus cuarenta músculos faciales hubieran despertado de repente de un largo sueño. La expresión era inequívoca y denotaba bronca, tristeza e impotencia. Por un momento, creí adivinar un llanto incipiente. Además, también gritando, el sinllama daba indicaciones ininteligibles a su pobre esposa, quien también iba y venía, aunque de un modo más confuso, quizás porque no entendía las vociferaciones balbuceantes de su conmocionado esposo.

Yo estaba indignado.

Pero no por la interrupción desconsiderada de mi momento de comunión privada con la naturaleza, ni porque ello hubiera bloqueado los abismos reflexivos a los cuales había logrado asomarme, ni tampoco porque el mate reparador se había enfriado para siempre. No, no se debía a nada de eso. Mi indignación profunda, innegociable y duradera, la cual no me abandonaría hasta el final de las vacaciones, tenía una única y categórica explicación: la inaceptable insustancialidad de los hechos que habían logrado devolver la vida al sinllama. Un sujeto que ahora, de buenas a primeras, mostraba emociones y sentimientos que yo no había previsto, lo cual no sería infinitamente inadmisibile si encontraran su razón de ser en una causa justa.

No, ya no era posible seguir hablando de un sinllama. Ahora todo era mucho peor. No se trataba de un hombre incapaz de albergar una llama interior, sino más bien de uno incapaz de albergar una llama digna, sana y con alguna clase de significado. Como si su llama, a pesar de existir, no pudiese ser roja, ni caliente, ni oscilante. Sí, eso era: un antillama.

Para colmo de males, el antillama no regresó a su estadio anterior. Eso hubiera habilitado una tregua, una ínfima esperanza de poder olvidar lo ocurrido, de simular que todo había sido un mal sueño. Solo necesitaba una excusa que permitiera a mi severa conciencia enterrar esta traumática experiencia, para siempre, en los amplios campos del olvido. Pero no, el antillama y sus trastocadas jerarquías insistieron en perturbarme, en instalarse con fuerza en el centro de mi sosegado jardín interior, en el cual buscaba refugiarme para aferrarme al tiempo que irremediamente se escabullía. El clima no se recompuso durante los días que siguieron y, en consecuencia, tampoco lo hizo el antillama. Cada vez que el cielo se volvía amenazante, el antillama corría —¡corría!— a cubrir su auto con las mantas que tomaba de su propia cama. Sacrificaba las mantas y con ello, lo más grave, la calidez de la noche, pues las densas lluvias sin granizo las mojaban íntegras. Y también lo mojaban a él, porque se situaba junto a su amado auto para acompañarlo en el sufrimiento, como un padre junto a su hijo enfermo, diciéndole con su sola presencia «no te preocupes hijo, no estás solo, estoy aquí para protegerte, para que suframos juntos hasta que toda esta pesadilla acabe».

No deben quedar dudas sobre este punto. A mí no me fastidiaba hasta el límite de la intolerancia que el antillama se preocupara, y hasta se sacrificara, por su auto de un modo inmaduro e infantil. Claro que no. Después de todo, ¿a quién podía gustarle ver una lluvia de piedras abalanzarse sobre su auto? ¡Yo mismo había puesto el mío al resguardo de ese gran pino! ¡Sería demasiado llamativo y sinllamativo no hacerlo! Lo que verdaderamente me enardecía era que el granizo sobre su auto fuera lo único que lo movilizara. Eso era muchísimo peor que la indiferencia ante todo. Era de una antillamez inusitada.

Mi fijación con el antillama, por más justa que fuera, no impedía las consecuencias. No hablo solo de mi imposibilidad de disfrutar de un merecido descanso vacacional, sino también de la influencia —negativa, debo decir— de los acontecimientos sobre el ánimo de mi familia. Mi querida esposa no dejaba de expresarme su molestia e incomprensión, a pesar de conocerme con el mayor detalle.

—Julio, te pido por favor que la termines con el vecino. Y esa ridiculez del «antillama». ¿Por qué te la agarraste con ese pobre hombre? No te hizo nada después de todo...

¿Nada? ¿Que no me hizo nada? No, mi querida esposa no podía comprenderme. No podía comprender. Mis propios hijos tampoco, pero al menos tenían el decoro de mantenerse en silencio, de aceptar que aún eran demasiado jóvenes. Sí, esos pebetes, esos retoños rosados que me miraban con los ojos bien abiertos eran decididamente más sabios. Sumidos en la incomprensión, con seguridad sospechaban que yo estaba en lo cierto. Porque la verdad siempre

se sabe, aunque uno no la comprenda. ¿Cómo se podía permanecer indiferente ante tanta indiferencia?

En el fondo, yo no quería aceptar la situación. No, eso no es del todo preciso. Era algo más. Yo no estaba dispuesto a aceptar la situación. No quería tolerar que el antillama fuera un antillama. Perdón, necesito ser más preciso otra vez. No quería ser un hombre que tolerara la antillamez del antillama. Quería, de algún modo, salvarlo. Para salvarme.

Decidí entonces buscar en el antillama otras reacciones, otros enclaves nerviosos que lo hicieran reaccionar como lo hacía cuando el granizo caía sobre su auto. Si esas debilidades existían, aunque fueran insignificantes, entonces su pecado mortal quedaría lavado, diluido. Un hombre que reacciona ante mil nimiedades es tan antillama como el que reacciona ante una sola, pero es más difícil de reconocer y por lo tanto más aceptable para el círculo que lo rodea. Eso lo salvaría ante los ojos de sus hijos, aunque ellos no lo supieran. No ante los míos, pero yo estaba dispuesto a jugar ese naípe en un caso extremo como este, en el cual mis vacaciones y las de mi familia pendían de un hilo finísimo. En cambio, el objetivo de máxima, la verdadera salvación para todos, consistía en encontrar algo verdaderamente importante ante lo cual el antillama mostrara una emoción, sea cual fuera. Eso sin dudas lo redimiría, inclusive ante mí.

Los primeros resultados fueron decepcionantes. Yo había decidido comenzar por el acolchonado mundo de las palabras y las ideas. Ya habría tiempo de acudir a los incuestionables recursos del mundo físico, los cuales habían demostrado siempre ser más contundentes pero también más traumáticos. Durante la mañana siguiente, por primera vez, le propuse al antillama algunos temas de conversación que iban más allá del acostumbrado saludo formal y vacío. Desde una perspectiva futbolística, podría decir que comencé dando pases cortos. El clima, el complejo, la playa, la temporada. Nada, el antillama permanecía inmutable, muy lejos de ese mundo donde los corazones laten y los puños se cierran. Contestaba «sí», «no», «bien» (ni siquiera «mal»), «mmm» y no mucho más; luego, seguía camino hacia la siguiente actividad de su día monótono e indefinido. Para ser honesto, yo hubiera reaccionado de un modo semejante ante temáticas tan aburridas e irrelevantes. Quizás el antillama albergaba dentro de sí unas profundidades insospechadas y yo solo lo ofendía, sin saberlo, con semejantes propuestas de conversación. Y a un nivel más trascendente, con mi secreta e implícita acusación de antillama. Durante los días siguientes, pasé ansioso a los siguientes tópicos. Le hablé de la comida, el trabajo, la familia. Nada, seguí adelante. La economía, la política, el país. Nada. La historia, las guerras, la injusticia. La filosofía, la religión, la finitud de la existencia, el (sin)sentido de la vida. Nada, nada de nada. Cero.

A medida que debía aceptar su incapacidad de reacción, sentía cómo mis músculos se contraían, cómo una tensión desconocida me iba ocupando el pecho, el cuello y por último la cabeza. La jaqueca se adueñaba de la noche y, junto a la transpiración cerril, me impedía dormir. Mi semblante se iba ajando con rapidez, volviéndose cada vez más ojeroso y sombrío. Quería tomar al antillama por los hombros y sacudirlo muy fuerte, muy fuerte. Gritarle «¡reacciona hermano, reacciona, no te puedo ver así! ¡cortá con esta antillamez!». Como es de suponer, yo terminaba mis cortas conversaciones con el antillama comprensiblemente convulsionado.

Los temas de conversación se me habían agotado. Estaba casi rendido. No tuve más remedio que acudir al último tema disponible, el tema que yo había evitado de un modo quirúrgico, rodeándolo con celo al desplegar mis dotes discursivas. Resignado, no tuve más remedio que preguntarle al antillama por el día del granizo y su auto. El antillama se transformó de un modo espectacular, como lo hubiera hecho un superhéroe ante la inmediata necesidad de enfrentar una

injusticia. Solo le faltó desgarrarse la camisa y salir volando. Abrió los ojos y la boca, se tomó la cabeza y comenzó a pintarme un cuadro conmovedor y dramático, con el cual logró inclusive arrastrarme hacia el agitado mar de su tormentoso relato. La voz no era suya, era otra voz, había otra persona hablando dentro de él. Su entonación pasó de la más llana uniformidad a la riqueza que solo un millón de variantes pueden proveer. Yo me sentía atado a su angustia, capturado de un pie por una gran bestia marina que me jalaba hacia el fondo. Más todavía, estaba cada vez más cerca de ceder a su preocupación, a un paso de comprenderlo, solidarizarme y ofrecerle toda la ayuda que necesitara de mí. Me sentía frente a un grandísimo artista de la preocupación granizo-auto, ante el cual no había más remedio que doblegarse, llorar de emoción, pararse y aplaudir. Pero no, gracias a dios —¡gracias, dios mío!— fui fuerte. La otra parte de mí, la fundamental, resistió y se limitó a comprobar que mis observaciones habían sido, una vez más, acertadas. Solo un único tema conmovía al antillama.

A pesar de mi confusión emocional, de las contradicciones internas que se sublevaban dentro de mí, no estaba dispuesto a abandonar a ese hombre, por más antillama que fuera. Yo era un boxeador golpeado, tambaleante, sí, pero también me había autoimpuesto jamás jugar la toalla de la derrota.

Había llegado la hora de viajar a la dimensión física de lo palpable. También aquí decidí ser gradual: estrecharía la mano del antillama, incrementando la firmeza de mi saludo cada día un poco más. Así lo haría hasta que mi vecino volviera de ese mundo distante y privado, de esa galaxia desconocida y personal, donde su llama había quedado irremediadamente atrapada.

El apretón de manos es un idioma en sí mismo. El antillama ofrecía una mano sólida, pero hueca, sin ningún tipo de contenido. A medida que yo le estrechaba la mano con mayor fuerza, él también lo hacía. No, me equivoco. Él no lo hacía, lo hacía su cuerpo, de un modo reactivo y reflejo. Un espejo. El contenido seguía sin aparecer, sus ojos quietos e inexpresivos podían confirmarlo. Sobre el final, el apretón de manos era ya doloroso, pero ninguno de los dos decía nada. En mi caso, por obvias razones. En el caso del antillama, de manera incomprensible.

Inspirado por ese ir y venir a planetas antillámicos, concebí entonces la brillante idea de intentar el camino inverso. En la privacidad de la noche, dejé la cabaña en silencio, donde mi querida esposa y mis hijos dormían. Busqué el auto del antillama. Pincharle una goma o romperle un vidrio me parecieron ideas muy atractivas, pero demasiado ruidosas. No deseaba exponerme de esa forma. Escogí entonces un clásico rayón lateral, silencioso y directo. Lo hice al pasar, con disimulo, para que nadie pudiera señalarme. Seguí caminando y di una vuelta a la manzana, por si acaso. Regresé a la cabaña con naturalidad. Todos dormían. Pensé por unos minutos en el asunto y me dormí satisfecho, al abrigo de una sonrisa que solo el deber cumplido podía proveer.

El descanso nocturno, además de merecido, fue largo y profundo. Al despertarme al día siguiente, me invadió un cierto nerviosismo, pues el reencuentro con el antillama llegaría más temprano que tarde. Cuando lo encontré en los espacios comunes del complejo, su palidez me pareció fantasmal. Ya sin tanta intensidad, le di la mano y le pregunté por la indisimulable circunspección de su rostro. Devastado por la noticia, al borde del llanto, me confesó el nefasto descubrimiento que había hecho durante la mañana. La tristeza de su relato parecía infinita y se extendía mucho más allá de sus palabras, como si tuviera una estela flotante capaz de permanecer en el aire. Mis emociones volvieron a traicionarme. Un huracán furioso se apoderó de mi interior silencioso y lo llenó de un rugido estremecedor. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ceder a ese tornado negro que me aplastaba y ponía en riesgo todos mis

equilibrios.

Cuando el antillama terminó su relato, yo estaba conmocionado. Con gran esfuerzo logré recuperar el habla y, solo entonces, pude buscar consolarlo. Intenté en vano remolcar esa gran avalancha de sensibilidad mal estacionada hacia los aspectos verdaderamente importantes de la vida. Procuré convencerlo de que un pequeño rayón —bueno, no era tan pequeño— sobre su auto constituía una verdadera insignificancia si uno lograba ponerlo, con sabiduría, en un calibrado contexto, en el cual las prioridades de la vida estuvieran adecuadamente escalonadas. O por lo menos, en uno donde los valores que la humanidad había encumbrado a lo largo de muchos siglos, no sin dolor, ocuparan un lugar más importante que la puerta —bueno, las puertas y todo el lateral— de su auto. Le hablé con remarcable paciencia sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero, sobre lo esencial y lo trascendente. Y sobre sus reversos. Fue inútil. Sus respuestas se limitaron a diferentes versiones de «¿pero, por qué a mí? ¿qué voy a hacer ahora?».

Yo estaba perdido, a un paso de capitular. No sabía qué más hacer por este antillama incurable. ¿Debía abandonarlo? ¿Quién más lo ayudaría si no era yo? Estaba solo, ante el antillama y su tragedia. Todo dependía de mí y de mi comprobada capacidad de ayudar a los demás.

La respuesta a mis interrogantes llegó a través de un sueño, ese canal misterioso por medio del cual las verdades encarceladas (muy lejos, en algún inframundo) logran dejar las celdas de nuestra inconsciencia y escapar hacia nosotros. La solución al enigma del antillama era absoluta, no admitía condiciones ni alternativas.

Era muy temprano, mi familia dormía. Salí resuelto de la cabaña, sin perder tiempo en repastos ni explicaciones a mi querida esposa. Caminé con seguridad hasta llegar a la cabaña del antillama y golpeé la puerta con determinación. Nadie me respondía, así que golpeé más fuerte. Luego de un minuto, sin dejar de golpear, comencé a gritar el nombre del antillama. El vecino de al lado abrió la puerta de su cabaña; parecía disgustado y me preguntó qué estaba pasando. Tenía puesto un clásico piyama a rayas y una expresión que parecía de fastidio, aunque seguramente se trataba de simple preocupación por el antillama. La claridad del amanecer parecía afectar sus ojos claros, los cuales se refregaba con insistencia. Agitado, le expliqué que nuestro vecino, el antillama, necesitaba de mi ayuda con urgencia; debía localizarlo cuanto antes. Me miró con una extrañeza que sospeché descalificatoria, al mismo tiempo que parecía ansioso por volver a entrar. «Se fue anoche», me informó y regresó a la cabaña dando un portazo muy ruidoso, lo cual me pareció bastante desconsiderado del sueño del resto de los vecinos. Turbado, salí a la calle corriendo y verifiqué con desazón que el auto del antillama no estaba. ¡Qué difícil poner en palabras la pesada e incontenible sensación de fracaso, de deber incumplido, de traición al antillama y a la humanidad toda que me invadió en ese momento! Había fallado. Le había fallado a todos. Creí que jamás saldría de semejante foso depresivo repleto de culpas.

Caí sentado en la calle de arena y no pude evitar tomarme la cabeza. Quedé en esa posición durante un tiempo imposible de medir, hasta que mi querida esposa vino a levantarme y me llevó de regreso a nuestra cabaña.

Había preparado un magnífico desayuno, atiborrado de su característico amor y, más importante todavía, de deliciosos churros rellenos con dulce de leche. Pude ver cómo el sol radiante ascendía liviano a través de la diáfana plenitud del cielo azulado. Mi ánimo comenzó a despabilarse y la esperanza, tibia como los mates en los cuales había aprendido a refugiarme, me fue volviendo al cuerpo.

No iba a ser fácil pero, de una u otra forma, encontraría al antillama. Y lo salvaría. Por las

buenas o por las malas.

Plaza Néspoli

Para mis vecinos.

«Al hombre de convicciones y gestos firmes, las cosas le son propias aun antes de poseerlas o recuperarlas. A ese hombre reflejado en nuestro vecino, la plaza le pertenece.»

María Mercedes Guerrero

Conocí a Osvaldo Néspoli en medio del fragor de un conflicto intenso, áspero y hasta violento, no exento de amenazas de muerte para mí, mi familia y otros vecinos. La disputa se abría espacio en el barrio bonaerense de San Andrés y escalaba ante la inacción de aquellos con el poder para solucionarla. Una vez más, la adversidad se presentaba como el entorno ideal para conocer la verdadera naturaleza de las personas.

Los Vecinos se enfrentaban a Las Tres Corporaciones. El conflicto fue largo, denso y casi interminable, digno de una novela por ahora postergada. Tan solo vale la pena puntualizar que varios miembros de la Unión Sindical habían ocupado el edificio principal de la Estación de San Andrés y un pedazo de la contigua plaza Diego Pombo (a veces llamada Plaza Sarmiento y, ahora, Plaza Néspoli). Esta ocupación no solo era ilegal, ilegítima e injusta, sino también alevosa. Los ocupantes estaban lejos de ser personas necesitadas y, por el contrario, gozaban de empleos ferroviarios bien pagos. Habían destruido el centenario edificio para hacer puertas y ventanas, alambrado una porción de la plaza pública y adoptado la costumbre de subir su auto a una porción adicional de la plaza.

Casi desde la nada misma, emergieron Los Vecinos a la modesta escena pública del barrio. Personas desconectadas esperando pacientemente la oportunidad de reaccionar y reunirse por una causa común, deseosos de sacar de adentro lo mejor de sí. Muchos de ellos vivían a escasas cuadras de distancia y yo nunca los había visto. A pesar de esa fragmentación vecinal, habíamos logrado agruparnos con una velocidad sorprendente.

El adversario no era insignificante. Las Tres Corporaciones estaban conformadas por la Unión Sindical, La Empresa Ferroviaria y el Gobierno Municipal. Sus representantes eran personajes esencialmente menores y no tenían otra misión que la de defender un sistema de intereses oscuros a cambio de alguna migaja, comenzando por un empleo bien pago. De ese entramado —a menudo deformado en organización delictiva— también surgieron personajes inesperados, duales, quienes colaboraron de manera efectiva y silenciosa con Los Vecinos, a pesar de su pertenencia formal a las segundas líneas de Las Tres Corporaciones.

En esa ciénaga floreció Néspoli y se convirtió en uno de los líderes de Los Vecinos. Nunca tuve otra relación con él fuera de ese contexto hoy tan evocable. Con dificultad lograba recordar su nombre y, sin embargo, siento que llegué a conocerlo de verdad.

«Decile a tu jefe que esto no va a ser fácil... ¡esto no va a ser fácil!», le advertía al vocero de La Empresa Ferroviaria, una de las grandes responsables del conflicto, cuya cúpide podría caracterizarse como una banda de pseudo-empresarios-prebendarios-cobra-subsidios, interesados únicamente en mantener las cosas como estaban (mal) todo el tiempo posible. Ese tiempo se agotaría pocos años después, de un modo triste y predecible, con El Accidente de Once.

Es a través de esa frase que siempre lo recuerdo. Cuando la vida me empuja a situaciones difíciles, no dudo en evocar sus palabras —un pequeño homenaje— para que Néspoli venga en

mi ayuda corporizado en ellas, sin que mi adversario circunstancial pueda siquiera sospechar que no estoy solo.

«Nosotros queremos hablar con el que corta el bacalao», le exigía al mismo vocero, mientras lo perforaba con la mirada desbordada, le mostraba la palma impaciente de una de sus manos —el bacalao— y con la otra actuaba un cuchillo cortando sobre la primera. Por simple olvido o por avanzada estrategia negociadora, insistía en llamar Pablo al vocero cuyo nombre era Juan Emilio.

Estaba gravemente enfermo, aunque recién lo supe cuando la cruzada vecinal se encaminaba hacia el final. Solo entonces comencé a percibir su rostro desmejorado, cada día un poco más lóbrego, y sus crecientes ausencias a causa del dolor que padecía. Sus mismas palabras, sus mismos gestos y su mismo accionar dieron un vuelco trágico en mi interpretación de aquel vecino de carne y hueso, hoy personaje entrañable y fuente de inspiración.

Cuando los duros muchachos de la Unión Sindical nos visitaban para desalentar nuestros reclamos, Néspoli les hablaba con la diplomacia que la inferioridad numérica y física exigía, pero también con la firmeza irrenunciable del que se sabe en lo correcto y no puede traicionarse. «Muchachos, yo tengo una enfermedad terminal, así que olvidense de las amenazas», marcaba la cancha antes de invitarlos a discutir con él todo lo que hiciera falta, pues «mientras viva, tengo todo el tiempo del mundo». «Como ustedes», agregaba al final, a pesar de sus confesados esfuerzos por evitarlo.

Otros vecinos involucrados no fueron menos comprometidos, ni menos destacables en su accionar. Lo recuerdo a Germán, incólume, impidiendo que una patota de la Unión Sindical copara una reunión vecinal en la Sociedad de Fomento. A Griselda, Alicia, Alejandro, Santiago y a muchos más, fatigando la hipocresía y la cobardía de todos los responsables de Las Tres Corporaciones, quienes solo buscaban disipar, estirar y posponer la solución, apostando al agotamiento de Los Vecinos y, con ello, a su derrota. Sin embargo, es Néspoli, atrincherado en mi memoria, quien me empuja a escribir estas líneas, como empujaba con sus palabras al pobre vocero de La Empresa Ferroviaria. Quizás se deba a que ya no está entre nosotros y, de un modo raro y vecinal, lo extraño.

Los burócratas del Gobierno Municipal (y de los gobiernos provincial y nacional cuando se asomaron al conflicto) se comportaron de un modo lamentable y lo pagaron muy caro en las elecciones siguientes. Solo cuando Los Vecinos ya habían triunfado se apresuraron a ponerse de su lado. Néspoli no ahorra rigor en los reclamos ante estos políticos que intentaban más aplacarnos que representarnos. «Pero señores, la plaza es del municipio, ¿en serio van a quedarse de brazos cruzados, mirando cómo la ocupan y la alambran? ¿Para qué carajo les pagamos?», les recriminaba.

Tengo también algunos recuerdos más concretos y, a esta altura, innecesarios. El conflicto se extendió durante varias de las cuatro estaciones, pero se acentuaba durante el invierno. Por eso, el frío y la noche siempre lo acompañan en mi memoria, agregando a su figura un conveniente dramatismo. Era un tipo entrado en años, canoso, y se había jubilado poco tiempo atrás. A las reuniones vecinales llegaba solo. Vestía siempre la misma campera negra, con el cuello alto y las manos en los bolsillos. Mientras llegaba caminando, miraba el piso con gesto serio, concentrado, tal vez repasando los ejes de la disputa sobre la cual se pronunciaría más tarde. O tal vez ensimismado en algo más privado y fundamental. Escuchaba a los demás con atención y respeto. Siempre tenía algo para decir y lo decía con convicción, entusiasmo y una infaltable cuota de humor. «Es cierto, somos pocos... ¡pero somos buenos!», alentaba sin mentir

a los presentes cuando la concurrencia no acompañaba.

El primer corte de vías fue breve, inesperado para muchos, y penetró en el corazón de Las Tres Corporaciones como un puñal bien afilado. «Preparate, Pablo, porque esto va a ser así cada viernes hasta que el tema se solucione», le prometía besándose los dedos en cruz a Juan Emilio, el vocero de La Empresa Ferroviaria. El segundo (intento de) corte, demasiado anunciado, concentró políticos disuasorios, policías de los más diversos colores y una buena barra de la Unión Sindical dispuesta a impedir el corte a cualquier precio. Con el esfuerzo de todos sus representantes, Las Tres Corporaciones lograron frenar el corte y ganaron esa batalla. El tercer corte, esta vez efectivo, fue el último. Solo la triste prepotencia de la acción directa volcó el conflicto a favor de Los Vecinos, quienes celebraron la victoria con un dejo de amargura, porque sospechaban que detrás, en un segundo plano, se escondía un fracaso social mucho más profundo e irreversible. Lamentaron que este fuera el método indispensable para resolver enfrentamientos tan elementales y que tanto esfuerzo —de todos— no hubiera sido volcado en proyectos más valiosos. Por un momento, les pareció vislumbrar en esta confrontación la micro-representación de un país atascado, discutiendo todavía la convivencia.

Poco tiempo después del triunfo vecinal, la enfermedad de Néspoli avanzó fulminante hasta quitárnoslo. Lo imaginé resistiéndola, advirtiéndole con voz firme «¡esto no va a ser fácil!», exigiéndole el tiempo necesario para cumplir su papel en aquella batalla humilde pero trascendente. Sorprendido, sin saber bien por qué, lloré.

Por meras cuestiones de tiempo, de maduración de lo inevitable, la Plaza Néspoli todavía no lleva oficialmente su nombre, pero lo hará. Un mural sobre el lateral de la plaza también lo sabe y lo espera con un abrazo hecho de palabras: «Más allá del absurdo, en algo hay que poner el corazón».

Las tres sombras

*«“¿Qué son, querido Maverick, las sombras?”, preguntó Ludwig.
“Pues muy simple, Ludwig, las sombras son el reverso del sol”, respondió Maverick.»
Peter Epr, refiriendo un diálogo apócrifo al ser consultado sobre las sombras.*

Mi hermana tiene tres sombras, esas regiones personales de oscuridad adonde la luz no llega. No me refiero, apelando a un eufemismo, a su inconsciente simbolizado ni a otras extravagantes interpretaciones psicoanalíticas. Tampoco a la exposición de su humanidad a múltiples fuentes de luz, ni a un eventual ejercicio suyo del milenario arte-entretenimiento de las sombras chinescas, ni a ningún otro artificio de origen técnico que la involucre. Hablo de verdaderas oclusiones, sombras definidas, propias y concretas. ¿Sus nombres? Sombra, La Gorda y Corazón de León.

Es importante dejar en claro, para evitar cualquier tipo de especulación, que todos tenemos más de una sombra. Estoy seguro, inclusive, de que mi hermana tiene más de tres. Y serían aún más si contempláramos las penumbras, esas tramas de grises intermedios que llevan de la más blanca luminosidad al más tenebroso de los negros.

La diferencia entre nosotros —ustedes y yo— y mi hermana consiste en que ella tiene el coraje de aceptar a sus sombras y exponerlas a la luz del día. Y a la luz de la noche, ya que La Gorda y Corazón de León brillan todavía más cuando reina la oscuridad, la quietud y la reflexión. Lo que quiero decir es que mi hermana no le teme del todo a lo desconocido y es la única que puede decir con autoridad «yo tengo tres sombras».

No es fácil lidiar con las sombras, Leonardo ya lo insinuaba: «Sombra y luz. La una esconde, la otra revela. [...] y la sombra tiene más poder que la luz». Hay que cuidarlas, alimentarlas, contenerlas y hasta educarlas. También buscarlas cuando se pierden o atenderlas si caen en la enfermedad. En el caso de mi hermana, tal vez lo más difícil sea lidiar con el resto de las personas, quienes no dejan de martirizarla con el tema, tanto cuando conversan con ella como cuando lo hacen a sus espaldas. En este último caso, el martirio se ejecuta en voz baja e involucra teorías de lo más sorprendentes.

Algunas señoras de edad avanzada, creyentes y con abundante tiempo libre, son las principales impulsoras de esas habladurías. Asocian las tres sombras de mi hermana con almas en pena, privadas de un juicio final, o con ánimas divagantes cuyos cuerpos se extinguieron de modo súbito y violento. Sugieren, además, la posibilidad de que esos espíritus errantes no hayan sido admitidos por El Supremo en el cielo, ni por La Antigua Serpiente en el infierno. Un tenaz subgrupo de estas señoras, de conocidas raíces judeo-alemanas, insisten de modo permanente y sutil con la tesis según la cual mi hermana habría vendido su sombra al diablo, como alguna vez lo hizo Peter Schlemihl.

Los más jóvenes, tampoco demasiado ocupados, también se anotan en la partida y no ahorran teorías de tintes condenatorios. Aseguran que las sombras de mi hermana expresan su yin, es decir, su impureza, su opresión o su mala vibra.

Otros frequentadores de mi hermana, fieles seguidores de Lavater, también posan sus ojos escrutadores sobre ella y se asumen capaces de interpretarla. Señalan con énfasis detractor su nariz pequeña y redondeada, casi nunca proyectada adecuadamente por sus sombras.

De este modo tan irrisorio, las historias acusatorias sobre mi hermana se multiplican hasta lo

incontable. Estos delirios fantasiosos me causan una enorme gracia. ¿Cómo es posible caer en semejantes dislates para explicar algo tan elemental como tres sombras, simples e inofensivas, llamadas Sombra, La Gorda y Corazón de León? Desde ya, eso no me impide promover esos rumores y hasta incluirme en ellos de soslayo, desde la discreta lejanía, con el poco elevado propósito de incrementar los temores de quienes los propagan.

«Pero ya, hombre, deje de dar tantas vueltas y empiece a hablar de las tres sombras, especialmente de esa a la que llama Corazón de León» deben pensar muchos de ustedes, los impacientes, tal vez sin medir que esa sed de historias los pone a merced de los habladores seriales. Pues sí, lo haré, pero no para ceder a sus presiones, sino porque yo también soy un miserable hablador sin sombras. Y para demostrarlo, bajo ningún punto de vista comenzaré hablando de Corazón de León, sino de Sombra.

Sombra es la más predecible de las tres. Tiene un admisible parecido con la más evidente de las sombras que todos tenemos. A grandes rasgos, podría ser utilizada como base proyectada para delinear con un pincel la figura de mi hermana, a imagen y semejanza del entrañable mito popularizado por Plinio El Viejo. Diría que Sombra es casi trivial. Resulta visible por contraste con la luz, es decir, podemos verla mejor cuando exponemos a mi hermana a algo brillante como el sol, una lámpara eléctrica o un alma noble. Cuando el día es soleado, su longitud varía de un modo bastante consistente con el correr de las horas. Digo bastante porque es más relajada que nuestras sombras, las regulares, en buena medida debido a la existencia de sus compañeras La Gorda y Corazón de León. Gracias a ellas, Sombra no siente una completa responsabilidad por la sombritud de mi hermana y, por lo tanto, asume su misión con un aplomo que roza lo excesivo. Tiende a ser distraída, imprecisa e impuntual. No es extraño que mi hermana comience a caminar y ella permanezca estacionada, generalmente acurrucada o «mirando» hacia otro lado. Cuando cae en la cuenta de su falta, se despabila con nerviosismo y alcanza a mi hermana tan rápido como puede. Esa sombra agitada, corriendo tras su dueña a gran velocidad, despierta desconcierto entre los caminantes que presencian el fenómeno. Como un acto reflejo, miran hacia arriba y, ante el vacío que les devuelve el cielo, comienzan a buscar en derredor una respuesta o, al menos, una complicidad. Entonces, de vez en cuando, encuentran mis ojos y puedo leer en los suyos el temor a lo inexplicable. En la misma línea de comportamiento, Sombra sigue las formas corporales de mi hermana de un modo torpe e inexacto; por ejemplo, cuando está exhausta, una mano abierta de mi hermana expuesta al sol puede verse en el suelo como un muñón, sin dedos ni otros detalles de terminación. ¿Se manifiesta Sombra cuando la noche arrecia y no hay contraste que la proyecte? Por supuesto que sí. Como el sol, aunque no las veamos, las sombras siempre están.

Bastante diferente es La Gorda. Representa, posiblemente, el rincón más recóndito de mi hermana: su umbra. No hablo de artes oscuras ni de magia negra, sino más bien de bajos instintos. En sus orígenes, tan remotos como los de mi hermana, La Gorda fue bautizada con otro nombre, ahora olvidado por todos con justicia. A fuerza de potencia descriptiva, el nuevo nombre se impuso de forma natural y silenciosa. Gracias a él, es mucho más fácil imaginar qué podemos esperar de esta sombra. Lo primero es una pasión clara y contundente, algo de lo cual no todos podemos presumir. Me refiero a su pasión por alimentarse. Por supuesto, no se trata de la más mundana de las alimentaciones, la de saborear una tira de asado o un plato de ravioles, ¡no! ¡por favor, un poco más de imaginación! Este arrebatado deseo es tan solo la punta del iceberg de un ser emocional, impulsivo y espontáneo. Y, por lo tanto, querible. En directa relación con su hambre insaciable, la figura de La Gorda desborda a la de mi hermana y se

expande sobre un área desmesurada. En invierno, cuando uno busca las tibias caricias del sol, es preferible evitar las inmediaciones de mi hermana. Ya sin distinguir estaciones, La Gorda se mueve de un modo lento y pesado, arrastrándose, como cuando se cumple una misión por puro deber. Su proyección distorsionada es absolutamente independiente del ángulo entre mi hermana y el haz luminoso en cuestión. Los movimientos de esa fuente de luz no afectan la percepción de su figura, como tampoco lo hacen las superficies sobre las cuales se desplaza, por lo general con movimientos fatigados. Debido a estas consideraciones técnicas, La Gorda resulta absolutamente inadecuada para practicar el arte de la medición y llevaría a la ruina a los mismísimos Bohr y Mileto.

Ahora que mi libertad de discurso ha quedado demostrada, puedo hablar por fin de Corazón de León. Haciendo honor a su nombre, se trata de una sombra impetuosa. Sigilosamente ingobernable. Su presencia es solemne, con aires señoriales, y su andar es elegante, realzado por la frente en alto, el plexo abierto y la actitud altiva. Tiene también unos ojos pequeños, casi siempre abiertos y un tanto inexpresivos. «¿Una sombra con ojos? ¿Pero cómo sabe todo esto?» ¡Pues porque la he visto! ¿La han visto ustedes acaso? ¡Entonces, por favor, un poco de respeto y paciencia! Como correspondería a una sombra, Corazón de León suele seguir a mi hermana, pero lo hace con una marcada independencia de criterios, como si quisiera dejar en claro que esto sucede porque así lo ha decidido y no porque sea su obligación de sombra. A veces, de un modo bastante reprochable, desaparece. Así de simple, señoras y señores: Corazón de León abandona a mi hermana y la deja desahuciada, sin una de sus sombras y sin más aviso que los hechos consumados. No hay, como en el caso de Peter Pan, accidentes indeseables ni voluntades doblegadas. Mi hermana, una finísima escritora, refuta entonces sin saberlo las palabras de su demasiado admirada Dore Ashton: «La muerte sigue a los artistas constantemente, como su sombra». La desaparición súbita de Corazón de León altera con violencia a mi hermana, quien tiene sentimientos muy profundos por sus sombras, tal vez incomprensibles para todos nosotros. De poco me sirve consolarla y explicarle que Corazón de León volverá pronto, como vuelve siempre esa sombra irreverente. De un modo miserable, busco consolarla y le resalto que al menos conserva a sus otras dos sombras. Ella me escucha, mira por un momento a Sombra y a La Gorda, y entonces vuelve al llanto sin remedio. La angustia puede extenderse durante días, hasta que Corazón de León por fin reaparece.

Es verdad, hay que decirlo: mi hermana no está completamente en sus cabales. Ya enfatizado su coraje, es justo mencionar que su cordura se encuentra —digamos— un tanto comprometida. No es para menos: imaginen lo difícil que debe ser para cualquier persona desenvolverse con tres sombras que la orbitan. El síntoma más claro de estos desórdenes mentales lo constituye su tendencia a humanizar a sus sombras. La mayor parte del tiempo las trata como si fueran personas, hablándoles abiertamente. Les comparte reflexiones, poemas y hasta sueños, aunque también les consulta sobre los problemas más elementales que la aquejan día a día. Como bien sabemos, las sombras no hablan (o mejor dicho, no hablan tan claramente), así que por supuesto no pueden responderle. Mi hermana disiente y asegura obtener respuestas clarísimas, generalmente coincidentes con sus propios puntos de vista.

Cuando mi hermana les habla de mí a sus sombras, lo hace llamándome «el tío». Yo revoleo los ojos y suspiro, pero acepto seguir el juego, confiando en que tanta irrealdad no terminará por devorarme. Las sombras confían en mi hermana y, en parte por transitividad, me han tomado un cariño honesto y expresivo. Cuando llego, «vuelan» a mi encuentro, me rodean y, de un modo sombresco, me festejan. Yo, lo admito, también he aprendido a quererlas.

El insano desvarío de mi hermana no impide que sus sentimientos por Sombra, La Gorda y Corazón de León sean verdaderos y profundos. Por el contrario, lo confirma. ¿No es la locura, después de todo, una parte indispensable del amor?

Hubo un día en el cual las cosas estuvieron a punto de cambiar para siempre.

De manera inesperada, como estaba acostumbrada a hacerlo, Corazón de León volvió a desaparecer. La desesperación de mi hermana no llegó toda junta, sino de a poco, en cuotas, como una tortura bien ejecutada. Los primeros días manejó sus ansiedades de un modo bastante rescatable. Tan solo hubo que atender sus mareos, sus vómitos y sus ataques de pánico. Nada inusual. Lo verdaderamente serio vino más tarde, cuando (por primera vez) los días se convirtieron en semanas y Corazón de León seguía sin aparecer.

Inútiles fueron los esfuerzos de Sombra y La Gorda (y los míos) por apuntalar el devastado ánimo de mi hermana. La primera lo intentó concentrándose, buscando cubrir con aplicación y empeño el vacío dejado por Corazón de León, tanto en los alrededores de mi hermana como en su alma. La segunda, desplegando su sombría calidez, como un bálsamo, sobre la dolorosa herida de su amada dueña.

Luego de varias semanas que parecieron años, cuando la situación se había vuelto insostenible y yo temía un desenlace definitivo y fatal, Corazón de León regresó, como había regresado siempre. El reencuentro fue conmovedor. La sombra pródiga llegó a todo «galope», con desatado desenfreno, como si cada uno de los días de su desaparición hubiera ansiado ese momento. ¿Contradicción? No lo creo. ¿Cuántas veces postergamos deseos y sentimientos en el altar de una necesidad —de ningún modo una razón— que nos sujeta y nos apremia desde un lejano abismo interior, como la indispensable agua desde la profundidad de un aljibe? ¿No hemos aprendido, acaso, que aun el amor más fuerte está condicionado por imperativos íntimos y arbitrarios, a menudo ajenos a nuestra comprensión?

Mi hermana, a su vez, enloquecía de felicidad. En un instante, había convertido en júbilo toda la agonía acumulada durante semanas. ¡Qué necesaria es la angustia, a veces, para sentirse pleno!

Yo... yo creo que nunca había llorado tanto de alegría (de dolor, por supuesto que sí).

Las razones de Corazón de León fueron y serán siempre desconocidas, como tantos otros acontecimientos —especialmente los más sombríos— que escapan a nuestra conciencia. ¿Es sensato aspirar a la comprensión de una sombra? Pues no, lo único sensato es sabernos un claroscuro.

Cuando el incidente que acabo de contarles se instaló definitivamente en el pasado, mi hermana tuvo por fin tiempo para meditar largamente sobre lo acontecido. Supo entonces que Eduardo Galeano tenía razón y que, en el futuro, volvería a tenerla. «Supo que la sombra siempre vuelve, traída por el sol, como un anillo en busca del dedo o un abrigo viajando hacia el cuerpo. [...] Y ahora, cuando se está achicando, al cabo de los días de su vida, tiene pena de morir y dejarlas sin ella.»

El Licenciado Suárez

Para mi amigo Pablo.

Son hechos capitales, ineludibles, los que nos conectan con el mundo de las verdades. Un mundo cuya existencia sospechamos pero no podemos confirmar, porque transcurre en una dimensión ajena a nuestra realidad diaria y sensorial. Lo intuimos, lo creemos y lo deseamos. Y a través de esos hechos podemos asomarnos, a veces y de manera efímera, a sus tierras difusas y relativas, como si fueran ventanas pequeñas e inestables, endebles mirillas que se cerrarán pronto.

Esa es la primera de las verdades a la que me ha conducido uno de mis hechos capitales, es decir, uno de los que se me han revelado y me definen. Se trata del hecho de no poder olvidar al Licenciado Suárez.

La segunda de las verdades surgirá de buscar el porqué de ese hecho capital.

Corría el año 2002 cuando conocí al Licenciado Suárez. Lo que más llamó mi atención fue su pulcritud, su prolijidad, su aparente conservadurismo. Serio, ropa limpia y planchada, peinado sólido. De tez blanca, padecía una afección que le enrojecía algunas partes de la cara; sí, le recuerdo la piel con una tendencia al rojo. El pelo era casi blanco porque ya era un hombre mayor, cercano a un retiro que me atrevo a suponer involuntario.

Nunca faltaba, siempre era puntual, no importaba qué tan cruel fuera el frío, qué tan densa la lluvia, ni qué tan intensos los vientos. Tenía un piloto negro, simple y elegante, y un paraguas largo y distinguido. Tenía también una refinada carpeta de cuero, cuya apertura y consulta era su primera tarea cada vez que ingresaba al aula para impartir su clase de Sociedad y Estado. Es seguro que seguía a rajatabla un programa de clases, cuya existencia solo conocíamos de manera indirecta.

El Licenciado Suárez no se distraía a la hora de dar su clase, la cual se extendía hasta el final del horario previsto, ni un minuto menos, aunque a veces unos minutos más. No saludaba, no interactuaba, no sonreía. No hacía pausas, ni comentarios secundarios, ni mucho menos bromas. Diría que su discurso carecía de altibajos, de sorpresas, pero aun así no lograba aburrirme. Había algo... algo detrás de ese cuadro repetido, de la impresión homogénea que proyectaba y que alguien distraído podría haber confundido con uniformidad o monotonía.

Las palabras del Licenciado eran tan solo la última de las capas que encerraban su alma, la cual comencé a intuir vibrante y contenida. El tono de su voz era tenso, sutilmente tembloroso, y expresaba un trasfondo que, por alguna razón que tardé en descifrar, permanecía contenido, incapaz de desatarse y brotar. Decía las cosas más simples con una carga emocional desproporcionada. El Licenciado daba la sensación de ser una persona tomada por sentimientos profundos e inconfesables, a quien solo se le permitía expresarse por medio del programa de estudios. Algo crucial anidaba en su corazón, pero no podía contarnos qué era, no con sus palabras al menos. Es por eso que su discurso transitaba por carriles separados. Uno era formal, esperable, cimentado en conceptos canalizados a través de palabras. El otro discurría implícito a través de una pesadumbre invisible pero insoslayable que nos llegaba por medio de sus ansiosos tonos vocales, de su mirada inflamable y de su cuerpo volcánico. Era este segundo carril, por supuesto, el que me cautivaba.

De su rostro variablemente rosado recuerdo la mandíbula tensa, los dientes apretados, los

labios comprimidos con fuerza, hacia adentro, como cuando nos conquista la impotencia y decimos (pensamos, sentimos, expresamos) «no», moviendo la cabeza de un lado al otro, mientras repasamos un accionar insuficiente, cuando no directamente fallido, y deseamos volver atrás para tener una nueva oportunidad de intentarlo.

El cuerpo del Licenciado Suárez, a pesar de todo, parecía en reposo. Parecía. Me recordaba al reposo de una botella de gaseosa que hemos agitado hasta la extenuación. Si le prestaba atención, podía percibir un temblor ínfimo, ligero, como si estuviera por entrar en erupción. Quizás por eso sus movimientos eran bruscos, espasmódicos, y sus brazos de látigo propendían a tirar las cosas de su escritorio.

La tirantez de su cuerpo se extendía, como sus venas llenas de sangre insatisfecha, hasta sus manos, las cuales a menudo adoptaban la forma de los puños cerrados, es decir, de la pelea. La mano abierta, con la palma electrizada abierta al cielo, tampoco era inusual y acompañaba los pasajes de la historia nacional que el Licenciado Suárez, mientras los explicaba, no podía aceptar o digerir. Cuando se desbordaba, se llevaba un par de dedos a las sienes y las masajeaba con intensidad, mientras cerraba los ojos y suspiraba hondo, buscando recomponer una presencia que, tal vez, también era su misión.

Los cuestionamientos inocentes o ignorantes de los alumnos también podían provocar el desbarranco de su tensión agazapada. Entonces, el Licenciado Suárez reaccionaba en exceso, como una fiera, y el rojo fuego emergía desde sus profundidades y le incendiaba la cara. Esa sangre en ebullición fluía hasta su cabeza y se la hinchaba, presionando unos ojos desorbitados que parecían a punto de estallar o salir disparados. La mano trémula, convulsionada, solía acompañar la furia desatada con algún garabato en el pizarrón.

Todavía lo recuerdo exprimiendo la tiza para remarcar una centena de veces un logo anarquista, mientras respondía con énfasis los cuestionamientos a la democracia de un desprevenido estudiante, quien en adelante pensaría mejor la consistencia de sus intervenciones. Un pequeño y silencioso logro del Licenciado. No era el Licenciado Suárez, sin embargo, el promotor de una cierta ideología política, sino más bien un crítico duro y coherente de los hechos. A las versiones deformadas del capitalismo y el socialismo las llamaba, respectivamente, «mercachifle» y «pobresismo», sin el menor atisbo de estar bromeando.

Su imagen inmaculada contrastaba con la del aula, la peor de toda la sede del centro universitario, una antigua fábrica de chicles que había sido reconvertida para tal fin. El salón tenía un techo de chapa que magnificaba las potentes lluvias de otoño hasta volver inaudible al Licenciado, pero también el impiadoso calor de verano hasta el punto mismo de las asfixia. Las paredes estaban descascaradas y húmedas, con numerosas aberturas hacia el exterior por donde, durante el invierno, se filtraban heladas ráfagas de viento que amenazaban con apagar hasta la sujetada antorcha interior del Licenciado Suárez. Semejante pobreza edilicia (más aún, semejante debacle nacional) contrastaba con el profesionalismo del Licenciado, quien permanecía incólume y recatado, como el pilar madre de un gran edificio bajo fuego que, a pesar de todo, no caía.

La mirada, esa ventana hacia el alma del hombre, no miente. ¡Qué fácil era asomarse al tumultuoso mundo interior del Licenciado! Sus ojos negros, vidriosos y palpitantes se sobreponían a un ceño fruncido y preocupado. Eran la necesaria válvula de escape de una olla a presión. Su mirada destilaba decepción, sí, pero jamás sumisión ni entrega. Había en ella una inconfundible incapacidad de rendirse.

A su manera, con sus certezas y sus inseguridades, con sus capacidades y sus limitaciones, en definitiva, con todo lo que tenía para ofrecer, el Licenciado Suárez resistía. Nunca estuve

seguro de si él lo sabía; sospecho que sí.

Tampoco llegué a saber si los demás veían lo mismo que yo o si todo ocurría en la soledad de mi espíritu fatigado por el incansable asedio de mi insatisfacción y mis ambiciones. Tal vez mis compañeros no podían ver en el Licenciado Suárez aquello que no les faltaba.

Un cruce de tres caminos

Ella era hermosa. Se llamaba Camille y su patria, si tenía alguna, era el norte de Francia, donde las mujeres pueden ser altas y rubias. Según me contó, en su tierra las personas eran más abiertas y amables que los malhumorados vecinos de París. Sin decírselo, pensé que seguramente también lo eran en relación a los lejanos porteños, quienes con toda probabilidad éramos y preferíamos ser como los poco simpáticos parisinos.

Camille trabajaba en una de las tantas ramas de la psicología y, mucho más importante, ese mundo la apasionaba. Yo la envidiaba sanamente por eso, ya que las pasiones eran un interrogante en mi vida, una constante cuenta pendiente que nunca terminaba de saldar. Quizás la búsqueda de una pasión verdadera era mi única pasión, y ni siquiera verdadera. Pasiones temporales, sí, claro que tenía. En ese momento, Camille era una de ellas. Pero pasiones profundas y permanentes, justificaciones mismas de la existencia, no, no tenía ninguna. O, al menos, no lo tenía tan claro.

Como tantos otros mundos del conocimiento, la psicología me gustaba. A menudo, leía libros o artículos sobre el tema, arrastrado por la curiosidad o el entretenimiento. Mientras lo hacía, me convencía a mí mismo de que, si así lo hubiera resuelto, podría haber estudiado psicología y, más todavía, haber sido un gran psicólogo. Inclusive, por aquellos tiempos, todavía fantaseaba con la idea de comenzar a estudiar psicología en la Universidad de Buenos Aires. Con toda seguridad, idealizaba ese mundo, por simple contraste con la realidad de mi propia carrera ingenieril, donde todo era duro y concreto. Y, lo peor de todo, estaba lleno de hombres. La psicología, en cambio, se me presentaba suave, maleable y repleta de mujeres.

A pesar de mi pasado abundante en fracasos, había logrado volver a ilusionarme con la posibilidad de un amor verdadero. Tanto como para asumir la responsabilidad de recibir a Camille en Buenos Aires, a pesar de que ambos habíamos jurado que ella no se mudaría a la ciudad de los psicólogos por mi exclusiva causa. Ella aún buscaba su lugar en el mundo y creía que Buenos Aires podía serlo. La realidad es que yo hubiera apostado, antes de la mudanza, que la ciudad trituraría en unos pocos meses su tolerancia cultivada en estándares europeos.

La mudanza sucedió y no merece mayores detalles. Tampoco los merece el fracaso de nuestra historia amorosa, uno más, el cual ya debe haberse adivinado desde el comienzo.

Sí me interesa, en cambio, ahondar en una intersección particular, en un cruce de tres caminos en el cual me vi inmerso sin quererlo ni buscarlo (si es que una situación como esa resulta verdaderamente posible). Esos caminos cruzados fueron la historia de amor con Camille, su pasión por la psicología y mis recurrentes fracasos amorosos.

Comenzaré por el camino de la psicología, el objeto de culto de Camille. Dentro de ese mundo amplio y frágil, había un área específica que la obsesionaba. Se trataba del «Eneagrama de personalidad», conocido en su versión más acotada como «Eneagrama», una herramienta de clasificación de los tipos de personalidad, llamados «Eneatipos», de acuerdo a sus rasgos de comportamiento más sobresalientes. Según sus defensores más férreos, entre los cuales estaba Camille, la herramienta podía resultar de gran utilidad práctica en ciertos contextos. Aun a pesar de las críticas que el eneagrama recibía desde el mundo académico, debido a la dificultad de demostrar científicamente sus postulados. Las críticas llegaban, inclusive, desde la lejanía del mundo religioso, pero —francamente— esas no le importaban a nadie.

Yo era bastante escéptico con respecto al eneagrama, a este tipo de recursos y, en general, a

todo. Tan solo por citar un ejemplo, tenía muy presentes las críticas de Mario Bunge a Freud, al psicoanálisis (no dudaba en llamarlo pseudociencia dañina, negocio, literatura de ficción o religión) y a todas las ramas de la psicología incapaces de validar científicamente sus postulados. Quizás era ese escepticismo general, ese reflejo científico, el que me inhabilitaba para la pasión. Y, tal vez, fue esa carencia la que terminó conduciéndome a la literatura.

En cualquier caso, empujada por su amor naciente lleno de esperanzas, Camille me propuso estudiar mi eneatipo, es decir, mi posicionamiento en el eneagrama. Ese conocimiento, me prometió, nos ayudaría a entenderme mejor y, a partir de ello, a comprender mejor nuestras fortalezas y debilidades juntos. De esa promesa se desprendía su creencia sutil de que ni siquiera yo mismo me entendía.

Como parte de ese esfuerzo, Camille también me había explicado en detalle su propia configuración eneagrámica. Yo no la había comprendido muy bien o la había olvidado con una notable rapidez. Lo mismo había sucedido, tiempo después, con mi propio eneatipo. De hecho, tuve que releer todo ese material postergado para poder escribir estas líneas. ¿Era mi reprochable desatención una consecuencia de mi egoísmo?

No lo sabía, ni lo sé, con certeza. No es que me opusiera —¿quién podría hacerlo, además de Mario Bunge?— al eneagrama. Más bien, creía que una verdadera historia de amor no debía servirse de esos artificios. Tan solo pensar en esa posibilidad me generaba un profundo rechazo, aun cuando pudiera ofrecer resultados positivos. ¿Debía prosperar el amor a cualquier precio, sirviéndose de cualquier medio? ¿Buscaba mi amor arisco esa eficacia? ¿Deseaba una relación «exitosa» lograda a fuerza de libros? No lo creo. La idea de analizar, organizar y combinar nuestras personalidades y sentimientos de un modo óptimo, como si se tratara de un presupuesto, no me generaba ningún tipo de entusiasmo. No creía que nuestra relación dependiera de interpretar correctamente nuestros eneagramas y actuar en consecuencia. Quizás mi problema no era mi supuesto egoísmo, sino mi visión romántica —y sí, tal vez equivocada— del amor.

Para mí, el amor sucedía más allá de la voluntad, más allá de los esfuerzos que uno pusiera en cultivarlo o destruirlo. Quizás producto de mi ingenuidad, creía que el amor con Camille fluiría, o no, de un modo libre, indomable y sin condicionamientos, independientemente del eneagrama, nuestras decisiones o nuestros planes.

Más allá de mis creencias, accedí a la propuesta de Camille. ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Por qué priorizaría mi escepticismo por sobre su esperanza? Mirándolo desde un punto de vista positivo, estaba ante la oportunidad de una nueva experiencia y tenía muy poco para perder. En el peor de los casos, nada ocurriría (como aquella vez que me sometí a una sesión de reiki y mis chakras, según me explicó la instructora, estaban demasiado balanceados como para notar algún efecto). Y en el mejor de los casos, nuestra relación se enriquecería. O mejor todavía, la historia se convertiría en literatura.

En la propuesta de Camille había también, semioculta, una segunda intención: ella deseaba conocerme mejor y, con ello, protegerse. Me lo confesó durante el ya comenzado proceso eneagrámico. Al final, el proyecto no era tan feliz e inocente. A pesar de lo decepcionante de ese interés personal, la realidad era que no me importaba demasiado. No tenía nada que ocultar y no tenía objeciones en que Camille me conociera a fondo. Si gracias a esta experiencia descubríamos que había entre nosotros diferencias irreconciliables, entonces ninguno de los dos perdería su valioso tiempo. Lo que nadie podía negar a esa altura era mi optimismo y mi sentido práctico de las cosas.

Luego de semanas de análisis conjunto de mi personalidad, ayudados por varios libros

bastante voluminosos, Camille llegó a una conclusión que le pareció definitiva. La exposición del diagnóstico se extendió por casi una hora, durante la cual escuché a Camille con una balanceada mezcla de admiración, estoicismo y distracción.

Diría que sobre todo distracción, ya que en verdad prefería concentrarme en desearla. En recorrerla con la mirada de pies a cabeza y esperar con ansiedad a que terminara de explicarme las diferencias entre los eneatis y los arquetipos de Jung, para hacer los libros a un lado y tomarla entre mis brazos. Así se lo confesé más tarde, cuando ya estábamos acostados mirando hacia la oscuridad de la noche.

Según Camille, yo pertenecía con claridad a uno de los eneatis tipificados por el eneagrama, que recibía por nombre una sigla en inglés. En rigor, mi caso era una de sus variantes. A fin de evitar detalles y tecnicismos, podía decirse que yo era un idealista.

Este eneatis tenía muchísimas implicancias que no desarrollaré, quizás debido a algunas de sus características principales: ligeramente introvertido, reacio, renuente a las categorizaciones y enigmático. Por supuesto, no puedo confirmar ni negar todo esto.

En línea directa con lo anterior, el eneagrama indicaba que yo era cultor involuntario de la comunicación indirecta —quizás, afirmando este deseo decir otra cosa—, con (escasa) tendencia a la ambigüedad y el misterio, entre otras cosas muy íntimas sobre las cuales prefiero no extenderme.

Siempre según el eneagrama, prefería pasar desapercibido (lo cual no explicaría la publicación de libros, a menos que lo hiciera para que fueran ellos quienes hablen por mí) y tenía una marcada tendencia a comportarme camaleónicamente —una definición aterradora—, es decir, a buscar coincidencias con mis interlocutores como forma de empatizar con ellos. Sin dudas, esta definición generará numerosos interrogantes en el lector, los cuales no puedo menos que compartir en su totalidad.

Asimismo, me caracterizaba por mi auto-lealtad, por mi determinación a ser fiel a mí mismo y no mentirme. Esto estaba en completa sintonía con mi disposición natural a llevar adelante todas las ideas de las cuales estaba convencido, a pesar de su eventual excentricidad. Esta caracterización me gustaba mucho, pero difería de la interpretación que solían hacer de ello mis amigos más cercanos, quienes se referían a esas ideas de un modo mucho más coloquial.

Lo dicho hasta ahora, sin embargo, palidecía ante lo que sigue. De acuerdo al eneagrama, anidaba en mí el potencial de ser un verdadero genio y una inestimable fuente de inspiración para otros, valores que podían materializarse a través del desarrollo del arte, la filosofía o la psicología. En mi caso, la literatura (por cierto, la única forma de conocerme). Como puede verse, la teoría del eneagrama comenzaba a desmoronarse.

Por si fuera poco, como parte de mi virtual brillantez, casi siempre estaba en lo cierto en relación a los demás, a lo que piensan, sienten y harán en el futuro. Por lo tanto, era una buena idea para ellos (y para ustedes) escucharme. Ustedes todavía leyéndome quizás represente un punto a favor del eneagrama.

Para finalizar esta primera parte de mi descripción, el eneagrama indicaba que tendía a autopercebirme como una persona muy especial. Lo cual no era difícil de lograr, ya que lo era. No solo lo decía yo, sino también el eneagrama y sus estadísticas: mi eneatis era el más raro de todos y alcanzaba tan solo al dos por ciento de la población.

«Ahora vamos a lo malo», me advirtió Camille. «¿Pero cómo?! ¿Entonces este eneatis tan sobresaliente tiene un lado negativo?», le pregunté casi alarmado. La respuesta no solo fue positiva, sino también demoledora. No solo tenía un lado oscuro y pernicioso, sino que alcanzaba

la demoledora definición de verdadero canalla.

La primera de mis confusiones se relacionaba con el concepto de idealismo. Ser un idealista podía sonar muy bien, pero en verdad no lo era. Se trataba, en efecto, de una de las tantas deformaciones del perfeccionismo: la incapacidad de encontrar sosiego en el mundo real. Yo no disfrutaba de mi idealismo, sino que lo padecía. Era un sujeto que no podía ser feliz, un infeliz.

Camille se preguntó retóricamente si ese desencuentro con la realidad estaría relacionado con mi evidente preferencia por el mundo de las ideas y las abstracciones. El eneagrama aseguraba —esto sí puedo confirmarlo— que las tareas mundanas y domésticas, como cocinar, arreglar un auto o hacer un trámite bancario, representaban un suplicio para mí. También, como buen idealista, era demasiado sensible a la traición y tenía gran dificultad para perdonarla. Este último concepto me inundó de curiosidad, pues no sabía que resultara posible perdonar traiciones.

De acuerdo a las respuestas en voz alta de Camille, estas cuestiones no eran las que me definían, sino simples consecuencias de lo fundamental. Lo que sí me definía, lo que me hundía sin retorno en la más oscura infelicidad, era mi condición de egoísta irrecuperable. Así es amigos, dejémoslo bien claro: yo era uno de los más grandes egoístas sobre la faz de la tierra. Por suerte para todos, mi eneatispo era muy inusual y semejantes desgraciados éramos bastante pocos.

Como si tanta miseria no fuera suficiente, resultó ser que mi motivación más esencial y profunda, mi móvil último, consistía en «devorarme al ser amado». Tremendo. Especialmente por ese verbo: devorar. Debo admitirlo, esta naturaleza devoradora de seres amados me hacía sentir un reverendo hijo de Urano. Me refiero a Crono, quien según la mitología griega devoró —sí, en esa historia siempre se usa el verbo devorar— a sus hijos.

No es difícil imaginar que pertenecía al eneatispo con mayores dificultades para entablar relaciones amorosas de larga duración. Esto tenía mucho sentido, dada mi tendencia a devorar al ser amado.

Tampoco es difícil comprender que el ser amado estaba, como consecuencia de lo anterior, condenado a sufrir. Estaba sentenciado a ocupar un lugar secundario en mi vida, detrás de mí y mi arte; a padecer la cruel dictadura de mis ideales, ubicados en las inalcanzables alturas a las que mi trastocada esencia aspiraba. Y a tolerar mi constante castigo a su persona por no vivir de acuerdo a su potencial, definido de manera objetiva e inapelable por mí.

Por fortuna, no todo era sufrimiento a mi lado. El eneagrama aseguraba que, después de todo, el ser amado sí podía alcanzar la felicidad y el goce junto a mí. La clave consistía en desechar las grandes expectativas; no comprometerse ni, mucho menos, enamorarse. Y en evitar relaciones de más de seis meses de duración (aunque estimo que mis exnovias considerarían excesivo ese tiempo).

Sin embargo, debido a mi teórico egoísmo irremediable, lo verdaderamente importante es que yo también estaba condenado a sufrir.

La llave para escapar de semejante laberinto consistía en aceptar la imperfección del ser amado. Dada mi supuesta incapacidad para lograrlo, lo mejor que podía hacer era evitar las relaciones afectivas y sexuales. De ese modo, ponía al ser amado (y a mí mismo) a salvo de mí. Todo muy razonable. Una excelente receta para una vida de reclusión y celibato.

«Hay algo importante que me gustaría decirte. Sé que es nuestra primera cita, pero creo que lo mejor para ambos es no comenzar esta relación. Si lo hacemos, voy a hacerte sufrir.»

[El ser amado me mira fijo, entre confundido y consternado.]

«Sé que suena raro, pero voy a devorarte como Crono a sus hijos (y no vas a salvarte, como Zeus).»

[El ser amado se sobresalta, pero elige mantenerse en silencio.]

«Y más importante que eso (tu sufrimiento, ser devorada) es mi propio sufrimiento.»

[El ser amado baja la mirada. Algo muy turbulento, tal vez indignación, le llega desde las profundidades y comienza a colorearle el rostro de un rojo muy intenso. No sé muy bien cómo reaccionar, así que me la juego por la verdad más atroz hasta el final.]

«Sí, sé que fui yo quien te propuso esta salida. Espero que, al menos, valores mi honestidad.»

[Sin mediar palabra, el ser amado se levanta con brusquedad y se retira del lugar.]

«No, esperá, por favor, ¡no te vayas! ¡no me dejes solo!»

[Mientras digo estas últimas palabras, me pregunto qué pudo haber fallado.]

¿Podían ser comprensivas las personas ante semejante monstruo? ¿Podía tener yo, y sobre todo mi egoísmo innato, la grandeza de ese diálogo? Quizás este escrito no sea más que la búsqueda de respuestas para esas preguntas...

El eneatispo vaticinaba, con escasa originalidad, relaciones de corta duración, por lo general dramáticas y explosivas. No solo debido a mi intensa atracción por personas con importantes trastornos y desquicios, a las cuales mi inflamado ego creía estar en condiciones de «salvar», sino también a mi debilidad instintiva por la búsqueda de historias —para ser optimista— interesantes, de las cuales pudieran obtenerse aventuras, experiencias e inspiración. Y, por qué no, comprensión, sentido y respuestas fundamentales. Una forma muy diplomática y vistosa de presentar el desastre.

Por lo tanto, si realmente quería ayudar a los demás (¿quería?), solo me quedaba el recurso de entablar una relación de largo plazo con mi arte. Casarme con la literatura. Un destino, a primera vista, bastante solitario y triste.

Recibí todas las balas con el pecho expuesto, como un verdadero caballero. A decir verdad, nada fue tan heroico. Mi estado al terminar la exposición de Camille era bastante similar al del comienzo: admiración, estoicismo y distracción. Debo reconocer que el análisis eneagrámico explicaba muchos aspectos de mi vida de un modo bastante consistente. Por alguna razón, no me sorprendía. Algo en mí, quizás a un nivel inconsciente, ya lo sabía. Pero el eneagrama había logrado exponerlo en palabras sencillas y coherentes. Así lo reconocí ante Camille.

—Todo suena muy coherente. Pero entonces, ¿por qué estás conmigo? —le pregunté.

—Porque me gustás —respondió con naturalidad, pero también con tristeza.

—¿Y por qué te gusto?

—No sé.

—Vas a sufrir —le advertí, ya sin bromear.

—Ya lo sé —admitió. Las lágrimas se le agolparon en sus ojos grandes y azules.

Pero entonces, «¿qué podía hacer yo?», me pregunté primero y le pregunté después. La respuesta era nada. La única posibilidad a mi alcance era advertirle a Camille que, según el eneagrama, sufriría. Y así lo había hecho. ¿Dejarla? ¿Por qué, si no quería hacerlo?

Era Camille quien tenía que dejarme, si creía en todo eso. Ella lo sabía, pero no lo hizo y con ello se volvió inolvidable. Esa apuesta de Camille por su corazón fue como una lluvia de amor sobre mi alma.

Por incompatibilidad eneagrámica, por profecía autocumplida o —esta era mi postura— porque nuestras circunstancias nos impedían amarnos, la relación se deterioró con el correr de las

semanas. Sobre el final, hubo idas y vueltas incomprensibles, de esas que no conducen a nada pero no pueden evitarse, como si los finales estuvieran condenados a ser así, confusos y dolorosos.

En la desordenada caída, encontramos un entretiem po de paz inesperada. Esa meseta, como un espejismo, reavivó la esperanza. Pero duró poco. Fue durante esa primavera de julio cuando la traición hizo su aparición en la escena. Tan solo diré que fue un incidente profanador de mi privacidad, esa porción recóndita e hipersensible que solo a uno le pertenece. ¡Qué innecesario! ¡Qué dolor! ¡Qué decepción, Camille!

¿No te lo había contado todo, acaso? ¿No estaba dispuesto a seguir haciéndolo, por más brutales e inconvenientes que fueran las consecuencias? ¿No me respaldaba, acaso, mi eneati po? ¿No era yo, a fin de cuentas, el perfeccionista, el ególatra, el detonador de relaciones? ¿No era yo quien, para ser leal a mí mismo, debía arruinarlo todo de un modo abierto y, con ello, asumir la responsabilidad del fracaso?

Con mucho pesar, di por terminada la relación ese día. Dado que aún vivíamos juntos, mis conversaciones con ella se limitaron a lo inevitable. Fueron inútiles sus esfuerzos por encarrilar las cosas y, sobre todo, sus justificaciones que nunca contemplaron la posibilidad de un genuino arrepentimiento.

Yo estaba demasiado cansado. Abusando de la confianza que Camille profesaba por el eneagrama, me aferré a mi supuesta incapacidad de perdonar una traición. Y ella, incapaz de cuestionarme —o de cuestionar el eneagrama—, lo aceptó con la misma resignación con la cual se acepta un destino... o un pasado.

¡Chau, burgueses!

«Sorprendían también las confidencias cambiadas en voz baja. Hablaban de enfermedades, de dinero, de tristes preocupaciones domésticas, muros de la prisión sin gloria donde esos hombres yacían. Y bruscamente se me apareció la cara del destino...»

Antoine de Saint-Exupéry

El nombre específico del lugar, es decir el lugar, no resulta importante. Diré tan solo que todo ocurrió en algún rincón de Buenos Aires, la ciudad amada y odiada, donde es tan habitual encontrar burgueses como encontrar a quienes los desprecian. Y donde también se puede encontrar a ambos conviviendo en las mismas personas. ¡Qué tentador es ser revolucionario sentado en la mesa de un comfortable café de Buenos Aires!

Yo soy una de esas personas ambivalentes, conflictuadas o confundidas. Cualquier análisis serio de mi estilo de vida, cualquier evaluación imparcial de mis pertenencias y, más importante, de mis prioridades, llegaría a la innegable conclusión de que soy un burgués. Serlo no me enorgullece en absoluto. Por el contrario, me atormenta. Bien lo saben mis amigos, quienes deben escucharme teorizar sobre el tema todo el tiempo. A mi favor, puedo decir que los burgueses clásicos no me consideran uno de ellos y a menudo se refieren a mí como un mero hippie o un bohemio. Como mínimo, una imprecisión. De hecho, los meros hippies y los bohemios me consideran tan solo un burgués no asumido, un pobre hombre de la ciudad insatisfecho.

Desde otro punto de vista, más conveniente a mi conciencia, puedo conjeturar que ser un burgués, o no serlo, depende de las palabras que se elijan para definirlo. Se trata de la mejor forma —en verdad, tan solo la más cómoda, la más burguesa— de ajustar una realidad desfavorable a la medida de nuestros deseos. Por eso, me gusta una definición de burgués a veces citada por Alejandro Dolina: «aquel más preocupado por la prosperidad que por el honor».

Lo antedicho no altera los hechos que describiré a continuación, pero me provee de cierta autoridad moral para describirlos.

Yo debía caminar a diario por aquel barrio porteño y durante mi recorrido no tenía otra alternativa que pasar junto a La Confitería. A través de su frente vidriado y luminoso, podía percibir su promesa de bienestar, cimentada en un planificado despliegue de cuidado, brillo y confort. Los grandes y relucientes exhibidores ostentaban una panadería de primer nivel, verdaderos manjares de una calidad estética deslumbrante. Los empleados, pulcrísimos, resplandecían con su uniforme blanco que incluía —a mi modo de ver, de manera excesiva— una especie de boina. Desplegaban comportamientos ejemplares y un discurso neutral, procedimentado y predecible. Las mesas eran sólidas, firmes, dignas de sostener la fuente máxima de placer: el producto. La música funcional, suave, se descubría ideal para distenderse y gozar. Contiguo, mucho más amplio que el interior, se extendía un salón externo amaderado, decorado con muchísimas y delicadas plantas en perfecta armonía. Un sigiloso sistema de refrigeración atenuaba los crudos inviernos y los salvajes veranos, sin renunciar a la sensación de estar en contacto directo con la naturaleza, ese ambiente teóricamente tan deseable. Y lo más importante, se estacionaban allí muchos burgueses, desahogados, dispuestos a vivir un momento de distensión y relax.

No me había sido fácil comprender que los clientes de La Confitería eran burgueses. Yo

mismo había estado allí muchísimas veces, disfrutando de aquella ficción perfumada. Durante mucho tiempo había sido uno de ellos y de algún modo lo era todavía. ¡Qué difícil resulta advertir la realidad cuando uno se encuentra sumido en ella! Pero desde mi interior más recóndito, una verdad íntima emergía y me susurraba que algo importante hibernaba debajo de esa superficie aterciopelada. Entonces aguzaba mis sentidos y, cada vez que pasaba junto a los amplios ventanales, enlentecía mi paso. Mi espíritu perturbado me exigía interpretar a esos burgueses y, por qué no, interpelarlos. Observaba su tranquilidad aparente y cronometrada, sus miradas inquietas y divergentes, su salud a menudo deteriorada. Contemplaba cómo sujetaban la diminuta agarradera del pocillo y cómo se enamoraban de ese café negro y humeante, sorbiéndolo y regocijándose con efímero placer. Sí, los escrutaba hasta el detalle, porque precisaba descifrar la sospecha que, incontenible, crecía dentro de mí.

De ese modo tan inquieto pasé junto a La Confitería durante meses, meditando sobre esa imagen corriente pero atrapante, la cual me acosaba durante el resto del día y a veces durante la noche. No era posible seguir así, distrayéndome, derrochando energías. Se hacía necesario algún tipo de medida. A lo largo de las semanas que siguieron me debatí entre diversas alternativas que prometían golpear las murallas de ese mundo bruñido y sereno, en cuyo núcleo yo adivinaba, sin embargo, fervor. Finalmente, me decidí por una opción limpia y directa.

«¡Chau, burgueses!», casi les grité, la tarde siguiente a mi decisión, a todos los sentados en el extenso sector abierto de La Confitería que daba a la calle. Acompañé mi saludo con una sonrisa deficiente —estaba un poco nervioso— y mi mano en alto de un modo tradicional. Sobresaltados por lo inesperado, los burgueses se volvieron hacia mí con rapidez, casi con alarma, e intentaron comprender qué era lo que estaba ocurriendo. «¿De dónde había salido esa piedra perturbadora de nuestro inmóvil espejo de agua? ¿Quién había osado lanzarla y por qué?» Desorientados, posaron en mí sus ojos reclamantes bien abiertos. Ante la falta de respuestas, los mudaron a sus compañeros de mesa y luego hacia las mesas vecinas. Mientras tanto, yo cruzaba a lo largo de la vereda lateral y les devolvía la mirada, enfocada incómodamente (para ellos) en sus supuestas tranquilidades de conciencia. Así se sostuvieron los hechos, hasta que quedé fuera de su absorbente alcance visual.

La experiencia, breve y despejada, me llenó de satisfacción. Aun la acción más modesta sabía mejor que las cavilaciones. Las injustificadas disidencias de mis miedos se habían demostrado, otra vez, equivocadas. Con posterioridad, repasé minuciosamente cada una de las aristas de mi intervención, buscando exprimirlas de contenido como a una naranja. Me felicité por los contados momentos que me parecieron destacados —inclusive sobresalientes— y me criticqué con rigor cuando consideré inadecuado un gesto o desmedida una expresión. Esta insistente revisión de lo acontecido no se explicaba por el placer de ejercitar mi tendencia al análisis, ni por el regodeo que podía llegar a obtener gracias a mi pequeña audacia, sino más bien como parte de los preparativos de mi próxima intervención.

«¡Chau, burgueses!», les grité a los clientes de La Confitería, esta vez sí con determinación y entusiasmo, lo cual me llenó de orgullo. La reacción fue esencialmente la misma de antes, según pude apreciar durante los pocos segundos en que me empapé de sus rostros: bocas sorprendidas, ojos abiertos, expresiones desconcertadas. Ninguna novedad, pues el público se había renovado por completo y todos me estaban viendo por primera vez. Pero no sería la última, pues estaba decidido a repetir mi accionar hasta que algo de importancia ocurriera.

«¡Chau, burgueses!», los saludé gritando todos los días que siguieron. Fueron saludos cargados de sentimiento y entrega, de pasión, en los cuales también exploré sutiles variaciones

de tono, volumen y acento. Un día acompañé mi saludo con la habitual mano en alto, otro con los brazos bien arriba a modo de tardío reencuentro, otro con el dedo índice señalándolos, al estilo de una anotación dedicada. Dentro de cada combinación había, además, matices emocionales. Los brazos en alto podían denotar exaltación o nostalgia. Aunque lo mantenía en secreto, dejaba que el clima me influenciara, me inspirara... más que eso, dejaba que me tomara y se expresara a través de mí, como si yo fuera su mero instrumento, un artefacto humano diseñado para informar el estado del tiempo. Entonces, por ejemplo, si estaba despejado era radiante como el sol, pero si estaba lluvioso el saludo tenía tintes tristes y sabía a despedida.

De a poco, fui reconociendo a los burgueses que se repetían entre el público. La reacción a mi segundo saludo tenía también un patrón definido. Había sorpresa, sin dudas, pero era de una clase diferente. Era la sorpresa —y hasta la alegría— de confirmar que mi primera intervención había sido real y que yo, efectivamente, existía; no había sido un simple error de la memoria, ni una vulgar exageración. Incorporaba además una cierta satisfacción, producto de haber presenciado el fenómeno antes que los demás. Eso los habilitaba a explicarlo con superación, como si se tratara de una normalidad solo accesible a los verdaderos hábitos de La Confitería. «Ah sí, Marta, yo a este muchacho ya lo he visto, bla, bla...», calmaba con aplomo a su amiga una posible Silvia, acompañando el comentario con una mano maternal y tranquilizadora sobre el brazo sobresaltado de Marta. La veteranía de los reincidentes involuntarios se manifestaba también en la calidad de sus miradas. Cuando encontraba sus ojos y los conectaba para conocerlos, para darme a conocer, el mensaje que me enviaban era inequívoco —«yo ya te conozco»—, como lo era la intención de informarme que no los tomaba por sorpresa, ni los encontraba indefensos. Confirmado el reconocimiento, aceptado por mí con deleite, sus miradas se tornaban interrogantes —«¿qué es todo esto?»—, pero solo encontraban detrás de mi semblante, en el fondo de mi alma, un «ya verán, ya verán».

A fuerza de tiempo, comenzaron también a aparecer vecinos, amigos y familiares entre los burgueses de La Confitería. Yo había previsto esta desagradable posibilidad, pero había decidido seguir adelante, pues ya había comprendido y aceptado la dificultad de intentar algo nuevo —de exponerse— ante quienes ya me conocían y eran portadores de una expectativa o un prejuicio sobre mí. Mucho más fácil era hacerlo frente a desconocidos, ante quienes podía abusar de una inmunidad cierta y generosa: la impunidad del anonimato. Las reacciones de los ya conocidos se demostraron más intensas e intolerantes, pues incorporaban la incomodidad de una relación que explicar ante los demás, la inconveniencia de tener que hacerse cargo. Y, por lo tanto, acentuaban la exigencia en sus visuales pedidos de explicaciones: «¡¿qué-es-to-do-es-to?!». No eran pocos los que me contactaban más tarde y, en efecto, me preguntaban «¡¿qué es todo esto?!». Con la mayor naturalidad, yo alegaba un saludo gentil y educado, como correspondía a personas de bien como nosotros, los burgueses.

Fueron los camareros los más expuestos a la evolución de los acontecimientos, pues no tenían más remedio que participar de ellos a diario. Ante mis primeras apariciones respondieron como los demás, con sorpresa. Luego mutaron a una sonrisa que insinuaba simpatía, casi complicidad. Inclusive, llegué a percibir apoyo, lo cual no me pareció extraño. Tan solo bastaba imaginar la extenuación que podía producir en un ser humano la responsabilidad de atender burgueses durante horas, todos los días, en un lugar como La Confitería, dando respuesta eficiente a sus requerimientos de calidad, tiempo y servicio. Lo mínimo que los burgueses demandaban y, más importante, merecían. Después de todo, para eso trabajaban como perros. Para tomarse un cortado y comerse un escón en paz. ¡Tampoco pedían tanto, por el amor de dios!

Es inherente a la sorpresa su carácter efímero. La que invadía a los burgueses, producto de mis incursiones públicas, necesitaba convertirse en algo diferente. Ese nuevo estadio fue la molestia, a pesar de que mis saludos eran generalmente alegres y optimistas. Esa transición no me sorprendió, ni mucho menos me desalentó. La posibilidad cierta de incomodar a los burgueses había sido, en rigor de verdad, una de mis principales motivaciones.

Fue por eso que, con el correr de los días, el espíritu fraterno de los camareros fue virando hacia la preocupación más llana. Ellos presenciaban desde una posición privilegiada —pero sobre todo, padecían— cómo el humor de los comensales declinaba luego de cada una de mis apariciones. A medida que la molestia se extendía y se iba convirtiendo en cólera, los burgueses exigían explicaciones a los mozos, quienes por supuesto no las tenían. «¿Quién es este muchacho?! ¿Por qué está haciendo esto?!», demandaban agitando las manos, alternando sus miradas severas entre el indefenso camarero de turno y sus propios compañeros de mesa. El camarero no podía responder —¡claro que no podía, ya lo dije!— pero eso no los desalentaba, pues no estaban dispuestos a quedarse sin respuestas. Para eso pagaban, al fin y al cabo. «¿Qué quiere este muchacho de nosotros?! ¿Qué le hemos hecho?! ¿No puede La Confitería hacer algo?!».

La molestia de los burgueses se había convertido en indignación y esta iba en camino a convertirse en furia. La sola certeza de mi saludo a punto de llegar lograba desestabilizarlos e inducirlos a la desconcentración. Mientras aguardaban mi llegada, los burgueses conversaban de manera especialmente insustancial, intranquilos, con una parte de su atención concentrada en mi arribo inminente. Tan solo aparecer y mirarlos me proveía los detalles de su tirante espera. Sus cuerpos se tensionaban, irguiéndose ligeramente. Sus ojos iracundos levantaban temperatura, sus ceños se ensombrecían y sus cejas se arqueaban en la dirección del enojo. Los primeros en divisarme daban rápido aviso a los demás, mientras se removían excitados en sus asientos. Lo hacían con un sutil cabeceo, un toque manual o un «ahí llegó» dicho por lo bajo, suficiente, sobreentendible. A medida que todos se anoticiaban de mi arribo, el silencio se pronunciaba, como haciendo lugar a mi saludo. Durante las últimas semanas, ese silencio se había ido corriendo desde el después, nacido en la sorpresa, hacia el antes, hijo de la preocupada espera. Yo caminaba con la mayor lentitud posible y trataba de mirarlos a todos, de a uno por vez, para confirmarles que sí les estaba hablando a ellos, a cada uno. Nadie estaba a salvo. El nerviosismo crecía y solo mi esperado saludo lograba descomprimirlo. Entonces la desaprobación, el fastidio y —poco tiempo después— las descalificaciones brotaban hacia mí, mientras me desvanecía por el otro extremo de La Confitería.

Por su propia naturaleza, la situación era incapaz de permanecer estática. Debía seguir progresando o explotar. Los burgueses portaban una instintiva aversión al estallido y esto los conducía a buscar válvulas de escape. Entonces, ante mi sola aparición desataban murmullos y comenzaban a precalentar sus gargantas. Esperaban —y deseaban— mi saludo, quizás con la esperanza de liberarse algún día o quizás tan solo para seguir escapando. «¡Chau, burgueses!», les daba yo esa satisfacción subterránea y ellos la aceptaban con oscuro placer, mientras explotaban de ira. «¡Esto es inaceptable!», ponían el grito en el cielo con una admirable expresividad, derivando sin escalas en insultos de lo más pueriles. La creciente intensidad del conflicto me invadía con violencia, como un río crecido, y llenaba cada rincón de mi cuerpo con deliciosa adrenalina. No podía pedir más.

Los burgueses estaban convencidos de que mi única y última finalidad consistía en provocarlos, lo cual les resultaba intolerable. Los hechos concretos —debo decirlo— no los

desmentían, aunque la verdad no resultaba tan sencilla. Sin embargo, no estaba dispuesto a iniciar debates aclaratorios, ni a promover una búsqueda de comprensión o consenso. Los burgueses compartían secretamente mi criterio intransigente, mi búsqueda pasiva del choque, así que no tardaron en ponerse de pie, amenazantes, para acompañar sus injurias. Tampoco en acercarse a la reja y pegar a ella sus rostros desencajados y enrojecidos por el rencor. Desde esa cercanía me maldecían de la manera más cruel. Más de una vez, creí que me escupirían. Sacaban, inclusive, los brazos entre los barrotes para intentar agarrarme o golpearme. Yo, me limité a alejarme medio metro de la reja de La Confitería.

Las caras desfiguradas prometiéndome violencia física consiguieron que me replanteara la continuidad de la conflictiva experiencia. La conveniencia práctica de hacerlo resultaba innegable, pero en cambio no encontré razones de las únicas atendibles, las fundamentales. Tan solo peligros potenciales, frutos de la irracionalidad más inadmisibles. ¿Qué culpa tenía yo si los burgueses estaban completamente ciegos, si no podían dejar atrás la más cerrada negación? ¿Debía acaso resignar mi justo derecho a saludarlos abiertamente? ¿Qué clase de hombre pretendía ser?

Fue uno de los días que siguieron. Como presintiendo mis debates internos, el gerente de La Confitería me había estado esperando en la vereda del lugar, de pie, a pocos metros de la entrada. Me pidió que habláramos un momento, su preocupación era inocultable. Durante interminables minutos, con su mejor buena voluntad, intentó «hacerme entrar en razones». Me detalló los beneficios de suspender lo que llamó «mi provocación» y, sobre todo, me advirtió sobre las consecuencias de no hacerlo. Yo comprendía su enfoque pacificador y, especialmente, los intereses que lo motivaban. En respuesta, remarqué su mediación como «de un valor inestimable», pero decliné categóricamente sus pedidos por considerarlos infundados. Cerré el diálogo, lo saludé con amabilidad y avancé en la misma dirección de siempre. «¡Chau, burgueses!», grité —y me insultaron— como de costumbre, aunque me sentía un tanto contrariado por la insolente intromisión del gerente y el consecuente retraso. ¿Acaso creía tener el derecho de interrumpirme de ese modo tan gratuito? ¿Creía que yo no tenía nada que hacer, que no tenía una vida?

Cuando regresé al día siguiente, el gerente no presintió mis preguntas, o no le importaron, porque me esperó de nuevo en el mismo lugar. Para volver a importunarme. Esta vez lo acompañaban dos oficiales de la policía. Junto a ellos, intentó convencerme sobre la conveniencia de «deponer mi actitud». Rechacé de plano sus amenazantes recomendaciones. ¿Estaba, al fin y al cabo, cometiendo un delito? ¿No eran los burgueses quienes juraban que me lincharían de un momento a otro? ¿No eran ellos quienes debían «deponer su actitud»? No, señores, no habría cambios, mis saludos se sostendrían hasta las últimas consecuencias. Los despedí y seguí mi camino, el de siempre. «¡Chau, burgueses!», insultos y a casa. A comer y a dormir, pues al día siguiente había mucho que hacer.

Las advertencias habían llegado justo a tiempo. Cuando volví a aparecer, los burgueses me esperaban serios, de pie y orientados hacia mí. No se privaban, aun parados, de tomar un mocaccino o degustar una masa fina. La escena me encontró desprevenido y, por un momento, dudé sobre cómo reaccionar. Por supuesto, no podía permitir que lo supieran ni, mucho menos, retroceder.

«¡Chau, burgueses!» les grité, con más firmeza que nunca. Fue como una orden de largada. Los burgueses se lanzaron hacia la puerta, se amontonaron allí y por un momento se atascaron. Mientras veía cómo luchaban por salir, me debatí entre enfrentarlos o correr. Miré sus cuerpos

flojos, sus frentes sudorosas, sus caras deformadas por el arrebató. Sus movimientos rústicos denunciaban sedentarismo, estancamiento, abandono. Esto me decidió a correr, más para ayudarlos a despertar que para escapar.

Los burgueses no me alcanzaron, ni ese día ni los siguientes, como no se alcanzan los sueños siempre postergados. Con el pasar de las semanas, llegué a percibir que habían ganado estado físico y movilidad, a fuerza de correrme a diario. Mi sola aparición disparaba las emociones y la despiadada cacería. Yo disfrutaba muchísimo, de un modo difícil de poner en palabras, gritarles «¡chau, burgueses!» y salir corriendo a gran velocidad. En las esquinas me detenía y los esperaba con sorna, desafiándolos a alcanzarme. Ese engaño disfrazado de piedad los enfurecía aún más.

Aquella tarde de invierno fue como una noche demasiado clara. La luna, de tan llena, parecía un indicio. Exultante, llegué a La Confitería dispuesto a gritar «¡chau, burgueses!» con enorme júbilo y compromiso. La sorpresa —justo antes de convertirse en desolación— fue enorme al encontrar todas las mesas vacías. Los camareros, parados junto al mostrador, me miraban con premeditada tristeza. Mi corazón latía con fuerza, porque ya había comprendido. Amplié mi radio visual y busqué en los alrededores. En la esquina, varias decenas de burgueses me esperaban armados. Miré innecesariamente detrás de mí, hacia la otra esquina. Busqué concentrarme, para tratar de salvarme, pero supe de inmediato que no había salida. Caí de rodillas, miré el cielo y en él la luna: se veía grande y hermosa. Solo me quedaba esperar el desenlace. Me tomé la cabeza con las dos manos, la apoyé contra el suelo y suspiré bien hondo.

La oportunidad de oro

«La insuficiencia no es una condena o un destino, sino una oportunidad. Todo placer debe nacer de una carencia: la primavera, del invierno; la pasión, de la soledad; la saciedad, del hambre. Y toda verdadera realización necesita de una vida por resolver, de una misión por cumplir. ¿Puede alcanzar una felicidad verdadera, acaso, aquel cuya vida carece de encrucijadas, aquel cuyas angustias son desconocidas o inexistentes, aquel cuyo pecho se encuentra libre de dolor y sufrimiento? [...] Y más importante, aunque menos evidente, ¿puede alcanzar una felicidad verdadera aquel que acomete con éxito una misión ajena, aquel que resuelve una vida que no es la suya?»

Ivan Kaldersky, en sus «Notas de un atribulado».

«Lo tendré todo, o no tendré nada.»

Peter Epr, el célebre pensador germano, al cerrar su memorable intervención durante la Conferencia del Siglo (Viena, 1999).

I (introducción)

Ivan Kaldersky era un idealista, es decir, un hombre que aspiraba a demasiado. Dicho de otro modo: un hombre insatisfecho. Su idealismo —su insatisfacción— no era modesto y alcanzaba todos los rincones de su vida.

Había un lado positivo, quizás, y residía en la tendencia de Kaldersky al optimismo. Todo era insuficiente en su vida, claro, pero también todo podía cambiar para mejor. En particular, el mundo podía y debía ser mejorado. Era innegable el progreso del ser humano a lo largo de la historia e inevitable el progreso por venir. En ese futuro abierto y promisorio, había mucho por hacer y alguien debía hacerlo. Cambiar el mundo estaba al alcance de su mano y, en rigor, al alcance de todos. Era un destino natural, una necesidad primaria a la que conducía, tarde o temprano, el inexorable sinsentido de la existencia humana.

Kaldersky se consideraba un afortunado por contar con esa visión clara y conducente. No muchos tenían la posibilidad de ver ese manantial de oportunidades llamado futuro. Tenía, además, una gran estima de sí mismo. Si alguien creía en sus posibilidades de contribuir con el mundo, de ver la realidad con los ojos del mañana y de llegar al límite de la entrega máxima, sí, ese era él.

La capacidad de creer (¿y de equivocarse?) de Kaldersky parecía no tener fin.

II (creencias)

Kaldersky no creía en el más allá, en ninguna de sus variantes, ni en otras distracciones. Las alternativas a la muerte definitiva le parecían simples fantasías, respuestas mágicas y voluntariosas a la pregunta incontestable. Pero más importante todavía, las juzgaba un camino equivocado, un mero recurso autoexculpatorio para recostarse en la inacción. La demora en enfrentar lo indispensable no se debía, siquiera, a una convicción bien fundada y establecida, sino más bien a una forma práctica de deshacerse de sus inevitables riesgos e incomodidades.

No sentía Kaldersky el menor orgullo de su percepción tal vez fatalista de la existencia. Por el contrario, hubiera preferido contar con la liberadora capacidad de creer en un mañana. Consideraba afortunados a quienes podían abrazarse a algo más que la cruda realidad de los

hechos y vivir sin la espada del final definitivo pendiendo sobre sus cabezas.

Para Kaldersky, su razón de ser se jugaba entero en esa, su única vida. Muy pocas, casi ninguna, eran las opciones disponibles para los pobres desgraciados como él; tan solo escapar de la irrelevancia o buscar un mundo mejor. Citando a Unamuno (al adoptar y hacer positiva la sentencia de Sénancour), «hacer que su muerte fuera una injusticia».

Pobre Kaldersky, su vida estaba demasiado teñida de muerte.

III (drama personal)

El sentimiento de deber invadía a Kaldersky hasta niveles insoportables. No podía, simplemente, vivir y gozar. Debía encontrar, y luego ejecutar, su misión. La imposibilidad de encontrarla —he aquí su desgracia— lo inhabilitaba para disfrutar de lo pequeño, lo mundano y lo efímero.

Entonces, Kaldersky descuidaba su familia, sus amigos y las pocas oportunidades que el amor, a pesar de todo, le ofrecía. Él sí los quería, así como ellos lo querían a él, pero no podía detenerse en ellos, en sus vidas regulares e irrelevantes, condenadas al olvido. Hacerlo le significaba una inaceptable pérdida de tiempo ante la importancia de lo que estaba en juego: el sentido de su propia vida. Esos desajustes emocionales lo conducían casi siempre al dolor. A este tipo de conflictos emocionales se sometía Kaldersky, sin descanso, empujado por una misteriosa fuerza mucho más poderosa que la (a menudo llamada) sensatez.

Kaldersky se creía idóneo, honesto y tenaz. Las pocas veces que había tenido la oportunidad de demostrarlo, lo había hecho con contundencia. Había sentido la adrenalina invadirle cada rincón de su cuerpo. Una fuerza inagotable había brotado de su erupcionado interior y lo había hecho sentir ferozmente vivo. Los desenlaces exitosos lo habían llenado de excitación, satisfacción y vitalidad. En una palabra, felicidad. Pero el deleite duraba demasiado poco y volvía a convertirse en el habitual descontento.

Tenía demasiada voluntad contenida. Necesitaba liberarla, entregarse por completo.

Darlo todo —reflexionaba Kaldersky— no era una elección libre, sino más bien la consecuencia natural de ser tomado por un ideal, una fuerza extraña que se manifestaba por sí misma. Uno se convertía, entonces, en un mero dispositivo para que esa fuerza ingobernable pudiera operar en el plano físico de la realidad. De este único modo podía explicarse un accionar semejante, tan contundente, demoledor y extraordinario.

Esa fuerza necesitaba de un contexto, así como la chispa necesitaba, con su chasquido y su pequeña luz, de una habitación llena de gas para explotar.

Su idealismo lo nutría de grandes y nobles intenciones, pero también le impedía bajar al terreno de la realidad. A pesar de sus esfuerzos por convencerse, Kaldersky descartaba cada una de las oportunidades concretas que se le presentaban. Las consideraba demasiado modestas, secundarias y, por lo tanto, equivocadas. No aceptaba que las grandes contribuciones (o las revoluciones) habían comenzado pequeñas. Tampoco estaba dispuesto a asumir tareas menores o ajenas, el camino que consideraba el más seguro para no realizarse. Descreía de la linealidad, la paciencia y el esfuerzo propuestos por esa estrategia acumulativa y orgánica. Debía ir más allá, saltarse todo ese comienzo penoso y estéril, toda esa pérdida de tiempo. Después de todo, ¿cuántas de esas iniciativas habían terminado por triunfar?

El enfoque gradual, además, lo aburría hasta la exasperación.

En su derrotero incansable, Kaldersky encontró a muchos otros idealistas, pero de una variante que creyó ingenua, capaces de creer que la mera conformación de un grupo de trabajo

tenía alguna perspectiva. Entre otras cosas, les faltaba ambición, disciplina y audacia, justo lo que él creía tener de sobra. La pregunta era siempre la misma: ¿valía la pena hacer su aporte en ese lugar?

Quizás la cara más cruel de su angustia irresuelta (¿e irresoluble?) consistía en sentir que el tiempo le sobraba, aun cuando su vida le parecía demasiado corta y la veía escurrirse demasiado rápido. ¿No siente lo mismo, acaso, el encerrado sin salida, el que necesita escapar pero no puede hacerlo? Paradojas de la tensión explosiva entre necesidad y posibilidades.

Puesto el drama en otros términos, Kaldersky temía desperdiciar su juventud, la dorada época durante la cual contamos con el centro de la escena y la atención de los demás. La culminación de su obra aún indefinida debía llegar antes que la vejez, pues bien sabía que la mente, el cuerpo y la sociedad abandonaban de manera irremediable a los viejos.

Kaldersky solo creía en la oportunidad de oro: el gran golpe que le permitiría ir directamente al fondo de la cuestión fundamental, ahorrándose los laberintos sin salida a los cuales nos somete sin descanso la realidad.

La realización, esa tierra prometida, parecía ser inalcanzable.

IV (contexto social)

Para colmo de males, Kaldersky había nacido en una sociedad próspera y ordenada. Allí, los héroes ya no eran necesarios, habían quedado relegados a las páginas de la historia. Mitos de un pasado enterrado para siempre, inconcebibles en las racionalidades de la civilización moderna. Esa sociedad, luego de siglos de búsqueda, de guerras y hambrunas, de aprendizaje y trabajo, había descubierto las claves de una existencia pacífica y confortable.

La dichosa sociedad basaba sus estándares de vida en instituciones fuertes, principios cooperativos de funcionamiento y amplios derechos ciudadanos. ¿Qué más podía pedir el ser humano? Las individualidades eran, ante todo, un problema. Por lo tanto, el conjunto las desalentaba hasta el punto de la penalización. ¿Para qué dar lugar a los revoltosos, a los insaciables, cuando las cosas marchaban tan bien para todos?

Esa sociedad necesitaba de ciudadanos civilizados, educados y respetuosos de la ley que se plegaran de modo prudente a la comprobada fórmula de bienestar y progreso. La famosa «calidad de vida», esto es, la amable combinación de tranquilidad y dinero. En una palabra, esa sociedad necesitaba engranajes, como todos los sistemas que funcionan adecuadamente.

Eso era, justamente, lo que Kaldersky no necesitaba. «¿Qué haré con toda esa “calidad de vida” cuando esté al borde de la muerte y me enfrente sin concesiones al juicio final, es decir, a la propia evaluación de mi vida?»

El desdichado Kaldersky era un inadaptado.

V (accionar deficiente)

Kaldersky buscó y buscó, sin suerte, la oportunidad de oro. Participó de innumerables grupos, causas y eventos, de las más diversas maneras, con la indoblegable esperanza de encontrar su lugar en el mundo. Pero solo encontró decepción.

En su propia sociedad, Kaldersky sintió que ya todo estaba hecho, que no había lugar para sus sueños, así que decidió emigrar. Se instaló en sociedades por lo menos tan prósperas como la suya y el resultado fue previsiblemente peor, ya que además de las restricciones exigidas por el desarrollo se sintió un extraño, un forastero al que nadie había invitado ni, mucho menos, necesitaba. Cuando se instaló en sociedades más pobres, las perspectivas fueron mucho mejores.

¡Tantas formas había de ayudar en esos lugares asolados por las carencias más elementales, tanta era la falta que padecían! Y sin embargo, no pudo encontrar pertenencia ni sosiego. No llegaba a comprender las sutilezas —las verdades— de aquellas culturas singulares, a veces milenarias, que nunca terminaban de abrazarlo.

Intentó la acción directa y la indirecta —el arte— en las más diversas áreas, con los más excelentes o extravagantes maestros, solo o junto a otros. Todo fue inútil. Con rapidez se encontraba de regreso en el punto de partida, buscando hacerse de una ilusión, aunque fuera modesta, que lo alentara a seguir adelante.

Kaldersky nunca pudo encontrar la respuesta.

VI (fracaso)

A pesar de su férrea persistencia, cualquier observador objetivo hubiera tildado a Kaldersky de inconstante. Producto de la temprana decepción, parecía cambiar todo el tiempo, aunque en verdad hacía siempre lo mismo: buscar. De este modo tan definido e irregular transcurrieron los años.

Ya viejo, al borde de la derrota, creyó estar a tiempo de encontrar en otros lo que a él se le había negado. Renunciar a la búsqueda directa de su realización, para encontrarla en la realización de otros. Volverse la inspiración, el maestro. En un nuevo cambio de rumbo, se volcó a la docencia. Enseñó, escribió y conferenció, pero fue en vano. Difícil es, si no imposible, que otros asuman la misión que solo a uno le pertenece.

Hasta el último suspiro buscó Kaldersky la oportunidad de oro, buceando en la experiencia acumulada en su mente ya deteriorada. Hacia el final, admitido su fracaso, ya ni siquiera pretendió poseerla o explotarla, sino tan solo conocerla. Pero ni siquiera eso pudo.

Qué pena.

VII (muerte)

Kaldersky murió de viejo, habiendo dado muy poco de todo lo que —sí— tenía para dar.

Sobre el final de su vida, hecha de un futuro que nunca llegó, se sintió triste. Pero no por creerse equivocado, por haber concluido que la oportunidad de oro no existía, sino por considerarse incapaz de encontrarla. ¿No era ese simple hecho, después de todo, el cual lo separaba de los grandes nombres de la historia? ¡Qué diferente hubiera sido todo! Quizás estuvo tan cerca de encontrarla... quizás la tuvo frente a sus ojos y no pudo reconocerla.

Kaldersky vivió equivocado, quién puede negarlo. Pero lo hizo con una convicción y una determinación envidiables. De un modo que muchos, con sus supuestas verdades, no pueden.

La rebelión de los contribuyentes

*«La ley extremadamente injusta no es verdadera ley.»
Fórmula de Radbruch*

*«Entonces yo digo: incumplamos la ley.
Transformemos nuestra vida en una fricción que detenga la maquinaria.»
Henry Thoreau*

Todavía quedaba lugar en el mundo para las revoluciones.

La joven Jasmina Liber se sintió convocada de inmediato, como nunca antes, luego de leer un escrito tal vez parecido a este. A medida que Jasmina leía esa idea disfrazada de historia, una densa mezcla de sensaciones comenzó a emergerle desde la boca del estómago y creció hasta tomarle la totalidad del pecho. La ráfaga punzante de emociones (inspiración, motivación, excitación, ansiedad) fue irradiando desde allí, donde siempre nace lo importante, hacia el resto del cuerpo. Ese placer rítmico y capilar, esa felicidad fluente, la empujaba a leer cada vez más rápido, urgida por la necesidad de terminar el escrito (cuyo final ya había adivinado), para contactarse con el Dr. Frat cuanto antes y ponerse manos a la obra.

La revolución implícita propuesta por el Dr. Frat podía ser llamada anarquista. Pero también, sin ir tan lejos, libertaria o liberal.

El Dr. Joan Frat era el autor del escrito que tanto había cautivado a Jasmina. Reconocido investigador y doctorado en ciencias informáticas, el Dr. Frat era un estudioso de las posibilidades que las disruptivas tecnologías de la información, entrado el siglo XXI, proveían a las grandes mayorías. Se autodefinía como un librepensador y por lo tanto, según su lógica, como un pragmático. Por eso, a la hora de justificar sus propuestas, no dudaba en acudir a conceptos ideológicos de lo más variados, según el contexto y el interlocutor.

Además de su indiscutible formación técnica, el Dr. Frat contaba con una cierta formación política de la cual extraía los conceptos que daban vida y densidad social a sus propuestas. Este caso no era diferente. Era la política la que estaba en el fondo de la cuestión, más allá de que se sirviera de las herramientas técnicas más avanzadas para darle soporte. Lamentaba que anarquistas, liberales y afines estuvieran más preocupados por encontrarse diferencias, o por conceptualizar sus interminables líneas internas, que por resistir de un modo efectivo a sus pocos y verdaderos adversarios. En esa disputa ideológica mezquina, estas corrientes habían cedido el cetro simbólico de la izquierda (es decir, el de los promotores del cambio político y social) a grupos retrógrados y vetustos, miradores sistemáticos del pasado, cuya lucha, paradójicamente, buscaba fortalecer a la entidad que el Dr. Frat consideraba su principal adversario: el Estado.

A los ojos del Dr. Frat, el Estado no solo era una amenaza, sino también un daño visible y palpable. Su tamaño desproporcionado y voraz exigía cada vez más impuestos para financiarse, asfixiando al sufrido pueblo trabajador cada día un poco más. El Estado se había convertido en una enorme maquinaria ineficiente, incapaz de devolver en forma de servicios los impuestos que los ciudadanos pagaban con gran esfuerzo. Más aún, se había vuelto una organización mafiosa y corrupta, motivada tan solo por su propio interés, beneficio y supervivencia. Y dentro de esa lógica con dinámica propia, acumulaba un poder cada vez más grande. Debido a la histórica debilidad de las instituciones nacionales, ese poder corría el riesgo de caer, tarde o temprano, en

las manos equivocadas. Y las consecuencias de ello, como lo había demostrado la historia reciente, podían ser devastadoras.

Los más afectados no eran los anarquistas, ni los liberales, ni los intelectuales en general. Eran, como siempre, los contribuyentes, es decir, la mayoría de la población que no tenía más remedio que pagar sus impuestos. Albergaban una insatisfacción misteriosa, irresuelta, pues por lo general no lograban entrever por qué su enorme dedicación al trabajo no se veía reflejada, más tarde, en una calidad de vida acorde. Gran parte de sus salarios se esfumaba en impuestos, en inflación y en la contratación de servicios privados que el Estado debía proveer pero no proveía. Esa mayoría silenciosa, abusada y exhausta era el caldo de cultivo de la revolución que el Dr. Frat había logrado vislumbrar. Según su visión, no eran él ni sus ideas los revolucionarios, sino esos ciudadanos agotados de ser tratados con injusticia. Su propuesta sería tan solo el medio para que todas estas personas pudieran expresarse.

Además, el Dr. Frat identificaba un segundo orden de problemas, no tan visible como el primero, pero no por ello menos dañino. Ese Estado gigantesco, inestable e irresponsable, adicto al gasto y a la mala administración, explicaba la fabulosa decadencia nacional, próxima a cumplir cien años. Su país constituía uno de los pocos casos de la historia reciente, si no el único, donde el más avanzado desarrollo (que había atraído a millones de inmigrantes) había logrado involucionar hasta una cristalizada realidad de subdesarrollo.

La cuestión personal, siempre íntima e ineludible, también estaba presente. El Dr. Frat despreciaba instintiva y visceralmente al Estado, casi tanto como a los bancos. Las razones de esa hostilidad innegociable encontraban sus raíces en el aterrador padecimiento que su familia había tenido que sufrir la última vez que un gobierno autoritario se había instalado, a fuerza de armas e ilegalidad, en las poderosas poltronas del Estado. Si bien el Dr. Frat era capaz de diferenciar entre gobierno y Estado, estaba seguro también de que ese Estado poderoso había sido una de las condiciones necesarias del horror.

Como buen científico, el Dr. Frat creía en la esencialidad de plantear los problemas con corrección y claridad. De acuerdo a su visión, el problema era el siguiente: los contribuyentes estaban siendo explotados y, hasta ese momento, no podían hacer nada al respecto.

A pesar de todo lo expuesto, el Dr. Frat no se consideraba un anarquista, un liberal o una persona de izquierda. Prefería prescindir de las etiquetas ideológicas por considerarlas limitantes. Pero sí creía que los verdaderos anarquismo, liberalismo e izquierda debían parecerse a su iniciativa. De una vez por todas, debían actualizarse y situarse en el siglo XXI. Adoptar la inteligencia, la audacia y el profesionalismo. Los grandes poderes nocivos de este mundo (que por algo lo eran) jamás serían vencidos con anacronismo y mediocridad.

Según el Dr. Frat, sin embargo, su propia visión había llegado demasiado tarde para él y así lo exponía en la primera parte de su escrito.

«Escribo esta pieza como mi último intento de que alguien haga lo que yo no he podido, ni podré. Ahora, ya soy demasiado viejo para la acción. Tan solo me queda el cobarde recurso de provocar a los demás, a los más jóvenes, para que sean ellos quienes hagan lo que yo no he podido, por incapacidad o cansancio. [...]

¿Qué es escribir sino una de las formas débiles, o indirectas, del hacer? ¿No es, acaso, una rendición, una forma de renuncia? ¿O tal vez, peor, de cobardía, de lavarse las manos, de buscar que otros se hagan cargo de las propias responsabilidades? [...]

Es cierto, escribir podría ser visto también como un primer paso, como una forma de abrir un debate, de iniciar una construcción que conduzca a la acción verdadera. O, desde otra

perspectiva, como una forma de humildad, de reconocer la propia debilidad o las propias limitaciones, de admitir que uno no puede y, por lo tanto, necesita ayuda. En particular, de aquellos que son mejores que uno...»

Estas líneas conectaron de inmediato a Jasmina con el Dr. Frat. Sintió comprenderlo profundamente y eligió ver coraje, no cobardía, en su reconocimiento. Detrás de su manifiesta vulnerabilidad, de su confesión descarnada, se refugiaba algo importante. Ella era la destinataria única y final de ese artículo, la elegida.

Jasmina era una flamante doctora en ciencias de la información, graduada con honores y becada en una de las mejores universidades del mundo. Pero más importante que eso, era una persona tenaz y decidida, con una claridad mental sorprendente. Confiaba más en sus propias capacidades que en sus graduaciones, las cuales eran tan solo su consecuencia. Simples credenciales de presentación (las cuales sin dudas utilizaría ante la opinión pública) que le recordaban sus privilegios y, con ellos, su propia responsabilidad ante los compatriotas más desfavorecidos.

Ella era la persona que había logrado comprender con claridad las posibilidades que ofrecía la visión del Dr. Frat, pero también los detalles y desafíos de su posterior implementación.

La propuesta conceptual de solución del Dr. Frat era la siguiente: los contribuyentes debían ser capaces de organizarse, haciendo uso de las nuevas tecnologías, para enfrentar los abusos del Estado, expresado por lo menos en su sistema impositivo. ¿De qué manera los contribuyentes podían resistir los impuestos excesivos (y como derivación necesaria, su uso inadecuado)? ¿De qué forma podían obligar al Estado a retroceder? El derecho de los contribuyentes a ser escuchados le parecía elemental. ¿Podía el Estado, acaso, bajo arbitrarios argumentos de necesidad o urgencia, cobrar cualquier tipo y cantidad de impuestos?

El nivel de abuso existente por parte del Estado, la cantidad de dinero involucrada y los avances tecnológicos disponibles conformaban para el Dr. Frat una combinación difícil de ignorar. Le resultaba sorprendente que los contribuyentes permanecieran en semejante estado de pasividad, presenciando cómo el nivel sofocante de impuestos los empujaba a la pobreza. Y, por si fuera poco, cómo esa recaudación —en el mejor de los casos— se malgastaba.

Digerida la cuestión conceptual, la propuesta concreta de solución era la siguiente: una plataforma en línea, colaborativa, donde los contribuyentes pudieran expresar su disidencia, organizarse y, sobre todo, actuar en consecuencia. Para el Dr. Frat, actuar significaba una sola cosa: no pagar los impuestos. Pero no de manera individual y aislada, sino coordinada, de a miles. ¿Podía el Estado ignorar a un equipo de cien mil contribuyentes actuando de este modo? ¿Podía enfrentarlos y torcerles el brazo? ¿No eran, acaso, una parte demasiado grande de sí mismo?

Según la visión del Dr. Frat, los contribuyentes acordarían sobre algún aspecto del sistema impositivo que consideraran abusivo. Concretamente, un impuesto. Ese abuso, planteado de manera inversa, se transformaría en la Demanda. Por ejemplo, «bajar el impuesto X a un valor máximo de Y». Acordada la Demanda, se definiría la Acción Directa, la cual se ejecutaría hasta lograr el cumplimiento de la Demanda. Por ejemplo, «dejar de pagar el impuesto X hasta que se acepte la Demanda».

Es verdad que muchos de los impuestos que el Estado cobraba consistían en deducciones automáticas. Pero también era cierto que otros no lo eran. Por lo tanto, era posible comenzar por estos últimos y, además, exigir impuestos no automáticos como parte de la Demanda.

Para que la Acción Directa fuera exitosa, debían cumplirse varias condiciones. Entre ellas,

se destacaban tres:

La Demanda debía ser razonable, simple y medible.

Directamente relacionada a 1, la Demanda debía contar con un gran consenso.

Directamente relacionada a 2, la Acción Directa debía ser ejecutada por una masa de contribuyentes lo suficientemente grande. Y sostenerse hasta el final.

El golpe directo a las finanzas públicas del Estado sería el centro de la estrategia. Sin embargo, era necio no contemplar que el Estado disponía del monopolio de la ley y de una enorme espalda financiera para resistir durante un largo tiempo. La herida sangrante del gigante era necesaria, pero no suficiente. Por lo tanto, la batalla vital sería política, no económica, y se libraría en la opinión pública. Es allí donde los contribuyentes encontrarían la victoria o la derrota. Por eso las tres condiciones de la Acción Directa resultaban fundamentales.

Producto de esa dinámica, la plataforma debía contemplar cierto dinamismo. Por ejemplo, permitir el ingreso de nuevos contribuyentes soportando la causa o incorporar la posibilidad de negociación con el Estado, ajustando la Demanda a términos menos exigentes si una mayoría así lo decidía.

Además de la batalla vital de la opinión pública —y subsidiarias a esta— otras batallas se abrirían en paralelo. Por ejemplo, la técnica. El Estado no dudaría en atacar la plataforma haciendo uso de todos los mecanismos a su alcance, legales o no. Ataques de otros Estados y otras organizaciones también debían ser contemplados. La inteligencia de funcionamiento y la seguridad de la plataforma eran aspectos que no podían ser ignorados.

La batalla legal no sería menos trascendente. La iniciativa y sus participantes serían, de una u otra forma, acusados de evasión, apología del delito, sedición o traición a la patria. A ello, habría que oponer los argumentos del derecho natural y los procedimientos de la resistencia pasiva. Todas las posibilidades debían ser cuidadosamente incorporadas en la organización, la comunicación y la plataforma.

La iniciativa debía ser completamente política, pero bajo ningún punto de vista partidaria. El único y limitado objetivo de la misma consistiría en darle a los contribuyentes el poder que por naturaleza y sentido común les correspondía. Partidizar la organización significaba aniquilarla. Enemigos variados y poderosos, comenzando por el Estado mismo, buscarían servirse de esa posibilidad.

Para evitar esa partidización (y en general, la división), el Dr. Frat creía que la Demanda debía ser lo más limitada y concreta posible, concentrándose en los abusos más evidentes del sistema impositivo. El sentido común era la herramienta más poderosa y, por lo tanto, la más valiosa y necesaria en un contexto por definición adverso. Sin embargo, a pesar de su escepticismo, no descartaba a futuro (quizás cuando el sistema impositivo estuviese normalizado) la posibilidad de pedidos más generales que tuvieran un amplio consenso. ¿Podía usarse el mismo mecanismo para forzar una lucha más decidida contra la pobreza, la destrucción del medio ambiente u otros problemas con amplio consenso?

El Dr. Frat creía que la iniciativa representaba una expansión (parcial, limitada, pero expansión al fin) de la democracia y, por lo tanto, todos debían ser muy cuidadosos en su utilización y custodia.

Por supuesto, quedaban infinidad de detalles por definir. El Dr. Frat confiaba para ello en Jasmina y su eventual equipo, pero sobre todo en los miles de contribuyentes convertidos en usuarios de la plataforma, quienes contribuirían voluntariamente con su tiempo, su inteligencia y sus diversas capacidades, como en toda plataforma colaborativa exitosa.

Todo esto fue comprendido por Jasmina como si fuera ella quien lo hubiera concebido, como si el Dr. Frat hubiera tan solo descubierto y desempolvado un gran cofre de ideas que anidaban en ella desde siempre. No fue necesaria ninguna explicación adicional cuando se juntaron para delinear los pasos a seguir.

El Dr. Frat advirtió a Jasmina que su vida cambiaría por completo una vez que se viera involucrada en un proyecto como este. El Estado, el señor de la ley y la fuerza pública, la mitad de la economía del país, se obstinaría en enfrentarla y doblegarla. Las consecuencias serían duraderas y, tal vez, irreversibles.

Jasmina lo había sabido desde el primer momento. Ese peligro, ese riesgo, pero sobre todo la convicción de estar asumiendo su destino, la motivaban y la empujaban a seguir adelante. En algún punto, se sentía convocada por la sociedad y por la historia. Hacer algo importante por los demás estaba al alcance de su mano. Con este gigantesco proyecto, además, se le presentaba la enorme oportunidad de desplegar todo el poder de sus conocimientos, de exprimir al máximo todo su potencial. Enfrentarse a un desafío de semejante tamaño —en rigor, a un sistema— la inundaba de excitación y adrenalina. En resumen, sentía que su vida por fin cobraba sentido.

La dirección general del proyecto, la parte más exigente del proyecto, estaría a cargo de Jasmina. Esto incluía la gestión general, el desarrollo de la plataforma y la relación con la comunidad de usuarios.

El Dr. Frat, en cambio, estaría a cargo de la comunicación del proyecto ante la opinión pública, un aspecto que consideraba clave. Para él, buena parte del destino de la iniciativa se jugaba en ese terreno, ya que en el fondo se trataba de que los contribuyentes tomaran conciencia de la situación, comprendieran la propuesta, confiaran en ellos y los apoyaran. La comunicación contaría con el soporte de un conjunto de intelectuales de fuerte presencia pública que durante años habían expuesto la problemática a la sociedad sin mayores resultados, quizás debido a la carencia de herramientas concretas para ofrecer una solución.

Reconocidos economistas y juristas, con sus respectivos equipos, estarían a cargo de las finanzas y de las cuestiones legales.

La financiación sería colectiva. No solo mediante el uso intensivo de plataformas de financiamiento colaborativo (crowdfunding), sino también mediante la participación de miles de voluntarios que aportarían su trabajo en línea.

Bajo este esquema organizativo, el proyecto comenzó a tomar forma.

Tomó casi un año de trabajo de muchísimas personas dejar todo listo para la puesta en marcha de la iniciativa. Durante todo ese tiempo, el equipo de comunicación inundó medios y redes con una presencia inteligente y permanente, presentando los fundamentos del proyecto e informando sobre su estado de avance. El público más informado seguía el caso con interés y curiosidad. En un comienzo todo parecía ciencia ficción, un intento fantasioso digno de la más creativa literatura futurista, pero esa percepción fue cambiando a medida que el periodismo pudo comprobar cómo los avances concretos en la organización y la plataforma respaldaban aquello que el equipo de comunicación no se cansaba de declarar en los medios de comunicación. La corporación política, como durante las últimas décadas, venía muy atrás y casi no había prestado atención a la iniciativa, minimizándola.

El día del lanzamiento llegó. El equipo completo estaba reunido, los voluntarios invitados se contaban de a cientos y los seguidores en línea del evento alcanzaron las decenas de miles. Todos los medios nacionales cubrían el evento. No había político que no lo siguiese con cierta incomodidad, como intuyendo el advenimiento de una nueva era, desconocida y tal vez

peligrosa. La pantalla gigante reproducía la imagen en vivo de un botón que decía «Publicar».

Antes de presionarlo, Jasmina sonrió y miró a todos por unos segundos. Su mirada penetrante dejó entrever la determinación brutal de un volcán desatado, las llamas devastadoras de una voluntad incendiaria y sin retorno, la avalancha incontenible de un fuego dispuesto a arrasarlo todo.

Bajan

*Para los subestimados,
a veces los únicos capaces de comprender.*

El apogeo del Rey Sol ha llegado a la cima y puedo verlos bajar. Bajan exultantes, decididos, llenos de energía, a adorarlo y beber de sus rayos sagrados, mientras se someten gozosos a la atracción irresistible de su poder milenario. De un modo casi exagerado, como si sospecharan que se trata de la última vez, porque el futuro se ve irreal, ajeno, cuando se vislumbra demasiado lejano.

Bajan dejando atrás el doloroso ayer, cuando la promesa del presente parecía estar todavía al borde de lo inalcanzable. Pero que, sin embargo, los ayudaba a levantarse cada día, a transformar lo inaceptable en inevitable y a eludir la mirada de la verdad. Una esperanza anclada en la fe generalizada, en la historia que se repite, en un paisaje proclive a los eternos retornos. Intentan sobreponerse al ciclo que ha quedado atrás, a pesar de que también se asoma adelante, aunque a este último prefieran no verlo. El sacrificio ha sido extremo, aun cuando la aparente imposibilidad de otros caminos los empuje a ignorarlo. Si lo han afrontado es porque la libertad, de existir, se parece demasiado a este tiempo jubiloso.

Bajan recuperados, son pasajeros sobrevivientes de una dinámica de la cual no se permitían escapar. Ni siquiera durante los últimos días, cuando la rutina se desdibujaba y se fundía con el futuro inminente, y el pasado era arrastrado hacia este presente tan deseado y real. Lo indeseable se recluye, ahora, tan solo en la memoria, luego de una angustiante espera.

Bajan ansiosos y desordenados. Primero, de a pocos y dispersos; más tarde, en hordas tan sudorosas como despreciables. Se multiplican sin cesar hasta ocuparlo todo, mientras el Rey Sol alcanza su cénit, ardiendo sobre todo y todos.

Bajan esforzados, casi sufrientes, pero sosteniendo la expresión alegre y el ánimo orientado hacia el cielo. Lo hacen con lentitud, deseando que el ritual desprenda reposo pero también naturalidad. No debe haber prisas ni estructuras, solo espontaneidad y entusiasmo. La búsqueda alegría a veces sucede y hasta logra contagiar. Caminan pacientes, a lo largo de un dorado e hirviente desierto de arena, penetrado por la impetuosidad del Rey Sol.

Bajan audaces, al borde del coraje, dispuestos a dejar de lado la contención, la frugalidad de siempre, para dar paso al exceso en todas sus variantes. Al desorden, a los banquetes y a la promiscuidad; a una dejadez obligada y también al pecado más frívolo. Como en un carnaval de baja intensidad, con una débil concentración del tiempo, de las emociones y de las libertades.

Bajan buscando el calor insoportable y purificador, rasgo esencial de la ceremonia. Lentos pero decididos, se van desnudando los cuerpos para que los haces invisibles del Rey Sol calen hondo en la piel y en el alma. El sosiego llega, pero no durará.

Bajan deseando el agua, el elemento complementario y vital. Agua opuesta e indispensable, refrescante unas veces, paralizante otras. Agua que da vida, pero que también puede quitarla. Agua envolvente, violenta y peligrosa.

Bajan cada día, sin descanso, hasta el punto de la repetición, hasta alcanzar un hartazgo que nunca admitirán, pues sería terrible hacerlo. Resulta estremecedor tan solo pensar en esa posibilidad y ni siquiera —en verdad, sobre todo— lo admitirán ante sí mismos.

Bajan, todavía sin resignarse, cuando ya todo se diluye. Buscan perpetuar el espejismo, la

fugacidad, el sueño. Se aferran al presente con todas sus fuerzas, a pesar de saberlas insuficientes. Insisten en el ritual como si fuese el primer día, aunque sepan que es el último. Eligen no ver el viento, la lluvia y el frío. Ni el final. El desenlace llega, como llega siempre, y la realidad se impone con su categórico rigor. Se resisten a entender, a aceptar acaso, que puede un ritual distraer al destino pero nunca cambiarlo.

Viajera de la 66

Para mi amigo Oto.

Encontré el diario un domingo, en la tradicional feria de San Telmo. El calor y la multitud me habían empujado a refugiarme en uno de los tantos locales de antigüedades que poblaban el barrio. El local se dedicaba a vender todo tipo de artículos usados, viejas pertenencias de hombres y mujeres que ya no estaban entre nosotros. Los objetos estaban dispuestos en diferentes mesas y se agrupaban según sus antiguos dueños, de modo tal que uno podía hacerse una rápida y espeluznante idea sobre sus gustos, sus estilos y hasta sus formas de ser. Yo los tomaba con culpa entre mis manos y los estudiaba con extremo cuidado, no sin temor de que los antiguos —y únicos verdaderos— dueños me sorprendieran de repente por detrás. Reacción natural o exceso de imaginación, lo cierto es que esa visualización me resultaba muy perturbadora. Con esa pesadumbre emocional sobre mis espaldas, recorrí los angostos y polvorientos pasillos del local, casi viendo a cada uno de esos habitantes del pasado. ¿Cómo habían llegado hasta allí esas piezas? ¿Era lícito despedazar de este modo lo último que quedaba de estas personas? ¿Había alguna forma de no hacerlo?

En esa espiral descendente de preguntas sin respuesta iba cayendo cuando encontré un conjunto de objetos que encendió mi atención. Eran pocas piezas, pero consistentes. Con seguridad, habían pertenecido a una mujer joven. Una campera de cuero, botas, una guitarra, muchos anillos de plata. Y un diario.

Tomé el diario y lo hojeé. Era, en esencia, un diario de viaje por Estados Unidos. Pasé rápido las hojas todavía tirantes con mi dedo pulgar, como para obtener una idea general del mismo. Lo que más llamó mi atención, sobre el final, fue encontrar la letra de una canción que ya conocía. O mejor dicho, una nueva versión de su traducción al español.

*«Si algún día al oeste vas a ir
escuchame, no te vas a arrepentir
andarás bien por la 66.*

*Se menea de Chicago hasta L.A.
son dos mil millas, pero vas a estar OK
andarás bien por la 66.*

*Va por Saint Louis, después cruza Missouri
ciudad de Oklahoma decepciona, sí
verás Amarillo, The Duke, hasta Santa Fe
Flagstaff, Arizona, no hay nada en Winona
Kingman, Vegas, Barstow, San Bernardino, L.B.*

*Muchas cosas vas a ver
en este viaje todo lo podrás hacer
andarás bien por la 66»*

Yo conocía la versión original en inglés y también la famosa traducción al español, popularizada por Pappo. A primera vista, esta nueva letra me pareció superior. Repasé mentalmente la letra de Papo y concluí que no era difícil mejorarla, a pesar de que había escuchado a varias personas describirla como una obra «destacable». La nueva versión iba acompañada en el diario de algunas notas, antes y después.

«Pocas cosas me molestan más que una buena canción, con una buena música o una buena idea detrás, arruinada por una mala letra. No, peor que mala: cómoda y desgana. ¡Qué evidente cuando el autor abandona una letra demasiado rápido, cuando se la saca de encima! [...]

La letra en español de Ruta 66 me parece penosa. No hay que ser un genio para darse cuenta, tan solo se necesita escucharla o leerla una vez. Ni siquiera tiene sentido que me explye sobre el tema. Cualquier nueva versión, como la mía, habla por sí sola. [...]

La letra original en inglés también deja mucho que desear. [...]

Mi nueva versión solo intenta evolucionar lo ya hecho, llevarlo a un próximo nivel. No busca destruirlo ni reemplazarlo, sino extenderle una mano fraterna. Tanto la letra original en inglés como su traducción al español tienen una historia que es importante respetar y proteger. [...]

Admiro a Pappo de la única forma que es posible hacerlo: por cómo toca la guitarra. Solo por eso tiene mi gratitud eterna. Del resto, mejor no hablar. Especialmente de dos hechos que me resultan insoportables. Su letra de Ruta 66, tan deplorable. Y su forma de morir, tan opaca, contaminada, controvertida.»

Seguí hojeando el diario. Lo hice rápido y desconcentrado, sabiendo que no podría asimilar todo el contenido mientras fuera tan solo un posible cliente más en el local. Llegué a entrever una relación entre la crónica de viaje y la nueva versión de la letra. Miré con nerviosismo a mi alrededor, buscando identificar potenciales —e inexistentes— competidores esperando su turno para arrebatarme estos objetos cuya excepcionalidad yo sentía haber descubierto antes que nadie. Hasta ese momento, nunca había comprendido cómo alguien podía comprar piezas escritas por personas fallecidas y desconocidas, tales como cartas, postales o diarios. Pero ahora no podía pensar en irme del local sin ese diario. Hubiera querido, además, llevarme todos los objetos de esa mujer misteriosa, pero no tenía suficiente dinero. Luego de examinarlos durante un largo tiempo, decidí quedarme con el diario y con uno de los anillos de plata que me calzaba justo en el meñique. Tenía una inscripción: 66. Pagué con actuado desinterés y volví directamente al departamento.

Leí el diario de un tirón, sin pausas, mientras acariciaba el anillo. El final me sobresaltó.

El nombre de la viajera no figuraba en ningún lado, pero eso no me impidió conocerla en profundidad. La supe audaz y atractiva (si es que eran cualidades diferentes), pero también insatisfecha y triste. Su viaje a Estados Unidos —como siempre ocurre con los viajes— había comenzado mucho antes.

«La mañana es fría, como lo son todas las mañana de junio en Buenos Aires. Hace tiempo que las distracciones que trae el verano quedaron atrás. Ahora, la ciudad y yo podemos sumirnos sin excusas en la oscuridad que solo se encuentra en las profundidades, donde se refugia, en soledad, la verdad. [...]

La ciudad son sus habitantes, aunque a veces creamos posible escindirlos. No soy una excepción. Nací, crecí y amé en Buenos Aires, ciudad de la cual soy parte necesaria, a pesar de que no haya en ella un lugar para mí. [...]

Sufro en Buenos Aires. Mi vida es afortunada, pero ajena. Lo sé muy bien, como se saben las cosas por la mañana, cuando el despertador nos arranca de un sueño y nos arrastra hacia una realidad demasiado extraña. Hoy no apagué el despertador de inmediato, lo hice unos minutos más tarde, cuando estuve lo suficientemente despierta, o resignada. [...] Me concentro en el frío de mi nariz, de mis orejas y de mi alma. Afuera suenan ráfagas de viento. [...]

No soy feliz. No sé por qué ni desde cuándo, tal vez desde siempre. Y lo peor, no sé cómo serlo. Ahora lo acepto plenamente, por primera vez. Quizás esta sea una nueva base desde la cual volver a construir, aunque no tengo la menor idea de qué. Los detalles de mi vida son irrelevantes porque mi vida también lo es. Para mí y, entonces, para todos. [...]

Me siento una extraña en mi propia vida, como si no la hubiera elegido. Mi rutina, mi familia, mis amigos, mi presente en general, se sienten como una equivocación. Me percibo encerrada en una prisión invisible de la que nunca me he atrevido a escapar, tal vez porque nunca supe de mi encierro o tal vez porque nunca supe cómo hacerlo (o hacia dónde). Esa pasividad inocente —o culpable— solo me ha traído hasta aquí, a este transcurrir sin sobresaltos, a este vacío insignificante. [...]

Estoy cansada de mi abandono. Ya me he dejado atrás demasiado tiempo. Quiero darle lugar a otros criterios, a otros resultados —quizás peores—, aunque más no sea para cambiar. Así que abro todos los poros de mi ser a la posibilidad de una nueva forma de ver las cosas, de hacerlas y de sentir las. [...]

Siento un derrumbe, una implosión. Necesito vivir mejor. O dejar de hacerlo.»

El punto de quiebre en el diario era insoslayable y parecía dar impulso, por lo menos, a la decisión de viajar a Estados Unidos.

«Me desperté sobresaltada. Pero no por el despertador de siempre, el ajeno a la relatividad del tiempo del hombre, sino uno interno que no alteró el silencio de la habitación. Las mañanas habían sido grises durante meses, pero la de hoy fue brillante. Me siento entusiasmada. [...]

Voy a viajar a Yankilandia, lo antes posible. «El gran país del norte», la tierra del rock, del blues y del jazz. Como siempre soñé, quiero «hacer» la Ruta 66 en moto, en una buena moto. [...] Nada me importa más que hacer realidad este sueño. [...]

Ya tengo el pasaje, viajo pasado mañana. Gracias a la determinación —o a la desesperación— puse en orden mis cosas en un tiempo increíblemente corto. Siempre hay tiempo. Vendí lo poco que tenía para reforzar mis ahorros y me despedí de las pocas personas importantes. Me siento llena de una incertidumbre que, al mismo tiempo, contiene una certeza inamovible. Puedo sentir la vida fluyendo por mis venas, como en los viejos tiempos casi olvidados cuando todavía me permitía soñar. Hoy, mucho tiempo después, vuelvo a sentir entusiasmo y orgullo. [...]

Este viaje es una ruptura definitiva con el pasado —y con el futuro—. Es la libertad de entregarme al deseo y la posibilidad —tan solo eso— de encontrar un sentido... quizás escondido justo detrás del sinsentido. [...]

Ya estoy en Yankilandia, ¡no puedo creerlo! ¿Cómo pude privarme tanto tiempo de esta excitación? [...] Solo he decidido el punto de partida, Chicago, y el de llegada, Los Ángeles, porque toda gran aventura debe tener el mar como horizonte. [...]

Alquilé una Harley de lujo, ¡nunca había tenido una moto de este tamaño ni había disfrutado tanto pagar semejante cantidad de dinero! Esa misma tarde estuve conociendo mi flamante compañera de viaje por las calles de Chicago. ¡Alucinante! Más tarde volví a mi motel de mala muerte, con el pecho hinchado de emoción. [...]

Chicago me pareció sorprendente, con sus imponentes rascacielos y sus facciones industriales, con su centro de calles prolijas y prósperas. Pero también distante. Su importancia en la historia del blues, la impecable estación central de trenes y los edificios pujando por sobresalir me resultaron insuficientes. No pude sentirme a gusto en la ciudad ni imaginarme viviendo aquí algún día. Y eso que estamos en verano; Chicago promete ser cruel durante el invierno. Con gran esfuerzo, solo puedo aceptarme pateando frustraciones en alguno de sus ásperos barrios del sur, tal vez del oeste. [...] Hoy terminé extenuada, la ciudad parece interminable. Volví al motel, a cuyas miserias ya pude acostumbrarme, y me entretuve leyendo la letra en español de Ruta 66. La sentí apresurada, incompleta. Pappo, podrías haberle dedicado dos minutos más... [...]

Desde Chicago, la 66 se menea hasta Los Ángeles. Me gusta que «se menee». El primer encuentro con la ruta fue emocionante, aunque se tratara en realidad del nuevo sistema nacional de autopistas, el reemplazo eficiente de la vieja ruta original. La autopista es amplia, funcional y necesaria, como debe ser una autopista. Y, por supuesto, carece de cualquier tipo de encanto. Cuando por fin bajé a la ruta original —todavía corre paralela a la autopista en muchos tramos del camino— me sentí como entrando en un sueño. Era angosta, poco mantenida y estaba desierta. [...] Ahora, solo es utilizada por los lugareños, como una más de las rutas siempre asfaltadas que cruzan el infinito campo estadounidense, tan llano como nuestra pampa, pero más verde, uniforme y productivo. [...] Llegando a Auburn, me fascinó encontrar una porción de la ruta original hecha de ladrillos rojos. [...]

La 66 va por Saint Louis, «la puerta hacia el oeste». En el centro de la ciudad, un arco gigantesco homenaja la expansión yanki —a sangre y fuego, eso no lo dice— hacia la costa del Pacífico. A pesar del apodo y el monumento grandilocuentes, la ciudad me pareció olvidable. De hecho, ya casi no la recuerdo. No es el tamaño, creo que podría amar Portland si la conociera. [...] Como tantas otras ciudades yankis, Saint Louis arrastra serios problemas de segregación racial, con barrios y escuelas divididas de hecho según el color de piel. Triste. [...]

Tras pasar por «la puerta hacia el oeste», la 66 cruza el estado de Missouri. Como en otros estados, la ciudad más grande e importante (en el caso de Missouri, Saint Louis) no es la capital. La de Missouri es Jefferson City, una ciudad casi desconocida. [...] Me gustó el pequeño pueblo de Cuba, determinado a hacerse conocer a fuerza de coloridos murales. [...]

La Ciudad de Oklahoma decepciona, sí. Para comenzar, no es una ciudad, sino un tejido urbano, cruzado por autopistas, sembrado con miles de cigüeñas extractoras de petróleo. No existen los transportes ni los espacios públicos. Sobran, en cambio, autos y centros comerciales. El centro cívico existe, pero parece una maqueta y está vacío. Fue construido deliberadamente por el gobierno local, hace unos pocos años, después de llegar a la conclusión teórica de que debían crear uno y promoverlo. Los ciudadanos todavía no lo entienden y, por lo tanto, no lo frecuentan (ellos dicen que «no lo utilizan»). [...] Se destaca el memorial por el atentado de 1994, el más grande de la historia yanki hasta 2001. [...] No me parece que la ciudad «looks oh so pretty» ni, mucho menos, que «es tan bonita que». ¿Tan bonita que qué, Pappo? ¿En serio, mi querido, visitaste este engendro petrolero? [...] A pesar de ello, la vida siempre se impone y, como una flor que perfora el cemento, la música «americana» de las Annie Oakley lo justifica todo. [...]

Hoy crucé por Amarillo, la ciudad más importante del norte de Texas. También es la ciudad texana más importante atravesada por la 66. Además de los jeans y los sombreros blancos con alas, pude comprender con facilidad por qué dicen que «en Texas, cuanto más grande mejor».

En el famoso restaurante Big Texan Steak Ranch presencié el exagerado Texas King challenge: un cliente —un verdadero gigante— devoró un bife de dos kilos en menos de una hora. [...] No lo sabía, pero Texas es uno de los estados más ricos y desarrollados de Yankilandia y no una lejana provincia del sur, como me la había imaginado en un principio. [...]

Por fin llegué a Albuquerque, cuyo nombre original era Alburquerque, nombrada en honor al Duque de Alburquerque (España). Por eso ahora es conocida como The Duke o Duke City. Una ciudad que me resulta inexplicablemente simpática. Quizás se lo deba a Neal y a Miranda, mis guías en la ciudad, simpáticos personajes que encuentran en todo una razón para reír y son de los pocos yankis con verdaderos conocimientos sobre Argentina. [...] La ciudad es mediana, muy árida y quema como el infierno. Empujadas por la realidad, las redondeadas casas de adobe y la decoración basada en vegetación autóctona van recuperando terreno frente al concreto brutal y al césped verdísimo, consumidor insaciable de un agua siempre insuficiente. Cruce de la Ruta 66 y el viejo Camino Real, The Duke fue una vez un importante asentamiento español que acumuló increíbles conflictos con los pueblos Navajo, Pueblo y Apache. Casi un estado bilingüe, en pocos lugares puede comprobarse (y celebrarse) una influencia española y mexicana tan marcada. [...] Pero si algo debería agradecerle a The Duke es haberme acercado a Santa Fe, una hermosa ciudad colonial española con gran influencia de los pueblos aborígenes. La plaza central, los mercados, las iglesias, las construcciones bajas que combinan estilos españoles y propios. Los descendientes de españoles y de tewas, los artistas y los artesanos, los hippies y los pseudo-hippies. [...] Uno de los caminos que conducen a Santa Fe integra una porción original de la 66 y no podría ser más hermoso. El pavimento imperfecto y poco transitado, el paisaje agreste, las montañas de fondo, el cielo muy azul recortado por nubes rellenas y bien formadas. [...]

Flagstaff, ya en el estado de Arizona, es un oasis fresco de pinos verdes insertado en un infinito e hirviente desierto rojo-amarronado. La ciudad está cruzada por el incesante ir y venir de los trenes de carga, fatigadores incansables del sudoeste estadounidense. Es pequeña, pintoresca y, sobre todo, diferente a todo lo que la rodea. Por la noche, el centro se vuelve oscuro y cinematográfico, como si a pesar de su estética amigable la ciudad no pudiera deshacerse de su pasado, de su genética concebida en el lejano oeste. [...] Flagstaff es la base desde donde visitar el Gran Cañón del Río Colorado, una atracción natural que impresiona por más preparado que uno esté, por más indolente que uno se haya vuelto con el pasar de los años. [...]

No hay nada en Winona. Antes de llegar a esa triste conclusión —y a ese desengaño— recorrí el área varias veces con la moto. No podía aceptarlo. No hay nada, ni siquiera un pueblo fantasma. Tan solo un conjunto de grandes terrenos, encabezados por casas austeras, de las cuales cuelga a menudo una bandera yanki. Ni siquiera el paisaje merecía una visita. He vivido engañada. O mejor dicho: la letra de Route 66 —y su traducción al español— me ha engañado, ¡nos ha engañado a todos! ¿Cuántos otros tontos habrán venido hasta aquí, siguiendo el consejo de «don't forget Winona», de «no olvides Winona»? ¿Viniste vos, Pappo, a Winona? ¿Vale una rima un engaño? ¿Es imprescindible, a veces, mentir para rimar? No, ¡claro que no! [...]

Kingman y Barstow son dos pequeños pueblos, poco destacables a primera vista. Comparten, sin embargo, un secreto. Son los puntos de desvío —y de regreso, dependiendo del sentido del viaje— a Las Vegas, también conocida simplemente como Vegas. La 66 no pasa por Las Vegas, pero ningún viaje a través de sus interminables paisajes se atreve a evitarla, como si La Ciudad del Pecado nos enseñara a desafiar las rutas establecidas, por más señalizadas y

asfaltadas que estén. ¿Qué hay entre Kingman y Barstow a lo largo de la 66? Nadie lo sabe. [...] Las Vegas es una ciudad espejismo, un oasis artificial en el medio del desierto, un desafío a lo imposible, un monumento a la voluntad y el trabajo. Es también la ciudad del entretenimiento, del derroche y de la frivolidad. Expresa como pocas las dos caras del fenómeno yanki. [...]

Nada pasa en San Bernardino. Y mucho menos «grandes olas rompen», ya que está a casi cien kilómetros de la playa. ¡Qué estafa! Sin dudas, es grande la tentación de incluir la costa, el mar, el eterno Pacífico en una canción sobre la 66. ¿Pero hacerlo a cualquier costo? [...] Long Beach es una de las mini-ciudades que integran, todas juntas, la mega-ciudad de Los Ángeles. Los yankis suelen llamarla por sus iniciales, L.B., como lo hacen con cualquier nombre (como Buenos Aires) cuya falta de practicidad lo justifique. Los Ángeles está tomada por el cáncer automotor; y por el de la superficialidad, agregarían en San Francisco. Una ciudad absolutamente prescindible, solo salvada —como Miami, estimo— por recostarse sobre el océano y contar con una extensa playa que permite sentarse a mirar el horizonte. [...]

A veces es necesario ser duro, tajante y concluyente. No tanto para perseguir un eventual sentido de la justicia, sino para proteger los momentos de blandura, incertidumbre y esperanza. [...]

Ahora me siento libre y feliz, en la cima, un lugar del cual ya no puedo regresar. No tengo más dinero, pero tampoco expectativas. Mañana, en la ruta hacia San Francisco, será el final. Pero será uno limpio, nítido, resplandeciente.»

Por fin, el fin

Cómo contactarme

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables de forma gratuita.
jmgurrera.com.ar
- Blog. Todos los cuentos de este libro y más, listos para compartir.
medium.com/@jmgurrera
- Email. Para escribirme.
jmgurrera@gmail.com
- En general, los lectores hacen caso omiso de lo anterior y me agregan en redes sociales. A veces, los acepto.

Podés ayudarme mucho si

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.
- Hacés circular el libro.
- Compartís en redes sociales tu cuento favorito. Los encontrás publicados en mi blog, listos para ser compartidos. ¡Googlealos!
- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.
- Me ponés en contacto con alguna librería a la que pueda interesarle ofrecer mis libros.
- Me ayudás a traducir los cuentos a tu idioma, sin importar lo extravagante que sea.
- Investigás en mi Web de qué se tratan las ediciones «a la gorra» que estoy publicando.

Otros libros de mi autoría

- «Punto Rosalía».
- «Una aventura miserable».
- Libro en desarrollo, se publicará a fin de 2019.
- Repito: pueden descargarse gratis de mi Web.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Agradecimientos de esta edición

*«Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la sombra.»
Rabindranath Tagore*

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la suya. Recomiendo su blog «Última estación: fideos con queso» y su nuevo libro «Un encuentro de dos minutos», disponible en las librerías de Mar Azul.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A mi amigo Oto, por su ayuda en todos los frentes de este libro.

A mi amiga Ivana, quien me ayudó a revisar los textos de esta edición.

A Branka, María Alejandra, Amanda y Pablo, quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos al inglés y alemán. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A María, por su ayuda desinteresada desde su estratégica posición en la librería.

A mis amigos Germán, Guido, Noe, Pablo, Adri y Fer por su permanente disposición a ayudarme en todo lo que sea necesario.

A Pablo, Lari y Corina, por utilizar este libro con sus alumnos y compartirme su experiencia.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su permanente y poco serio asesoramiento. Y su vino de gran calidad.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro.

A todos los que todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

Breve biografía

«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; ya que toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»

Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que «me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos». Siempre escribí, desde que aprendí a hacerlo en 1989, a la tierna edad de seis años. Comencé a publicar mucho después, algo así como a los dieciocho. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. En 2016 y 2018, auto-publiqué dos ediciones de «Punto Rosalía». Y en 2017, «Una aventura miserable». Nunca participé de un taller literario, lo cual quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Hace mucho tiempo, cuando publicaba en fotocopias, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires, pero crecí en el conurbano. En San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniiano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé dos pequeñas empresas junto a mi amigo Mariano, en las que trabajo hasta el día de hoy: Glidea y Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes, principalmente en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Licencia de Cultura Libre

Algo destacable de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre». Eso significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Guerrera, Juan Manuel

Esto no va a ser fácil / Juan Manuel Guerrero. - 1a ed. - San Andrés : Juan Manuel Guerrero, 2018.

144 p. ; 17 x 11 cm.

ISBN 978-987-42-9365-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Segunda edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante Septiembre de 2018. 2000 ejemplares. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.